

## Mural Las cuchas tienen razón

El mensaje del mural rinde homenaje a las mujeres buscadoras de sus seres queridos desaparecidos; ha trascendido fronteras locales para convertirse en un ícono de memoria histórica y resistencia artística en Colombia.

Yo opino. Pág 2

Crédito: El Espectador



El arte urbano, en especial, el muralismo, siempre ha sido una forma de narrar lo que muchos no se atreven a decir en voz alta.

Bogotá, Colombia, julio – agosto 2025 – Edición No.73

### Consejos de Juventud: ¿espacios participativos o vitrinas clientelistas?

En las fechas de octubre de 2025 se van a llevar a cabo las elecciones para los Consejos de Juventud, establecida por la Ley Estatutaria 1622 de 2013, una figura participativa enfocada en jóvenes entre los 14 y los 28 años que busca la construcción y gestión de políticas públicas que afecten directamente a esta demografía.

Yo opino. Pág 4

### Cuando el aula se convierte en amenaza.

En Colombia, ser niño no es sinónimo de ternura ni de protección. En lugar de crecer entre juegos, afecto y felicidad, miles de menores viven en alerta, expuestos a peligros que deberían estar muy lejos de sus vidas.

Yo opino. Pág 5

### La semilla de la justicia.

En el barrio Eduardo Santos aprendí de niño que la vida no es del todo justa.

La esquina del barrio. Pág 15

### Esperanza detrás de su escudo.

Bogotá no despertó ese día. Se sacudió, la ciudad seguía inmersa en el caos de la zona conocida como El Bronx, un sector adyacente a la Plaza de Los Mártires y muy cerca al Centro Histórico, donde la palabra esperanza no tenía sentido.

La esquina del barrio. Pág 17

### Mr. Parkinson, una vida entre el temblor y la risa.

Élmer Sepúlveda, conocido como Mr. Parkinson, enfrentó el diagnóstico con su humor auténtico. Su historia, contada desde su voz y la de su pareja, ha sido una enseñanza sobre cómo un chiste es símbolo de amor y de resistencia.

De todo un poco. Pág 20

## Colombia: el país del emprendimiento digital sin reglas



Crédito: Dream world

Por: Luisa Fernanda Gúiza Barbosa, Silvana Ramirez, Katherin Payares. 8.º semestre.

Comprar por redes sociales se ha convertido en una práctica común para miles de colombianos. Desde ropa y entradas para conciertos hasta muebles o tiquetes aéreos, el comercio digital parece una solución rápida, cómoda y personalizada. Pero tras la navegación entretenida también se esconde un riesgo creciente: el fraude.



**RECTOR GENERAL**

P. Harold Castilla Devoz, CJM

**RECTOR SEDE PRINCIPAL**

Jefferson Enrique Arias Gómez

**DIRECTORA DEL PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL – PERIODISMO**

Catalina Alfonso Franco

**COORDINADOR ACADÉMICO**

Felipe Cáceres

**COMITÉ EDITORIAL DE SEDE**Catalina Alfonso Franco  
Felipe Cáceres Rodríguez  
Juan Simón Cancino  
Sonia Torres Quiroga**DIRECCIÓN GENERAL**Sonia Torres Quiroga  
Simón Cancino Peña**DIAGRAMACIÓN**

Dario Sarmiento

**ILUSTRACIÓN**

Dario Sarmiento

**FOTOGRAFÍAS**

Dario Sarmiento

**TEXTOS**

Miguel Ángel Aragón Flórez, Daniel Felipe Hernández, Nikol Tatiana Bohórquez Ladino, Miguel Ángel González, Luisa Fernanda Gúiza Barbosa, Silvana Ramirez, Katharin Payares, María Camila Rubiano González, Ángela Manuela Céspedes Bernal, Valentina Calvo Páez, María José Cañadulce Olarte, Karen Sofia Cadena Torres, Daniel Esteban Gutiérrez Marín y Carlos Santiago Pantoja Barbosa.

**EDICIÓN**Sonia Torres Quiroga  
Simón Cancino**CORRECCIÓN DE ESTILO**

Nury Mora Bustos

**EDICIÓN DE FOTOGRAFÍAS**

Dario Sarmiento

**CONCEPTO GRÁFICO E IMPRESIÓN**

Buenos y Creativos

Los contenidos de los artículos aquí publicados son responsabilidad de cada uno de los redactores.

Red Colombiana  
de Periodismo  
Universitario

Pertenece a la Red Colombiana de Periodismo Universitario

Una publicación de UNIMINUTO

Edición No. 73

<http://www.uniminutoradio.com.co/dateate>

Para más información escribir a:

[smtorres@uniminuto.edu](mailto:smtorres@uniminuto.edu)[dateateweb@gmail.com](mailto:dateateweb@gmail.com)

# Mural Las cuchas tienen razón

“Las cuchas tienen razón”: un mural que simboliza memoria y resistencia en Colombia.

Por: Miguel Ángel Aragón Flórez. 6.º semestre

El mensaje del mural rinde homenaje a las mujeres buscadoras de sus seres queridos desaparecidos; ha trascendido fronteras locales para convertirse en un ícono de memoria histórica y resistencia artística en Colombia.

RTVC, a través de su página web, menciona: “El mural, replicado recientemente en Neiva, ya tiene presencia en ciudades como Bogotá, Cali, Soacha, Manizales y Bucaramanga, y continúa extendiéndose por todo el país”.

El mural no lleva firma, no anuncia una marca ni busca un clic. Es, en su esencia, una declaración política, cultural y emocional que ha intervenido profundamente en una generación que, entre el ruido de redes y la ansiedad del presente, empieza a reconocer la sabiduría que viene con los años.

A veces una simple frase en un muro puede decir más que mil discursos. “Las cuchas tienen razón” es una de esas expresiones que, con solo cuatro palabras, ha despertado una conversación nacional, ha incomodado a algunos, ha conmovido a otros y ha servido como una voz de memoria y resistencia en Colombia. Pero más allá del impacto estético, esta oración ha sido un recordatorio incómodo de todo lo que el país ha querido silenciar, como lo es la verdad sobre las víctimas, sobre las madres y sobre el pasado.



Según Daniel Esteban Espinosa, periodista de Infobae: “Estos murales que han aparecido en Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga y otras ciudades del país no surgieron por una moda. Tienen un origen profundo y doloroso, la lucha de las madres de la Comuna 13 de Medellín que llevan más de dos décadas buscando a sus hijos desaparecidos durante la Operación Orión. En diciembre de 2024, cuando se confirmó que los restos encontrados en La Escombrera pertenecían a víctimas de esa operación, lo que muchas de estas mujeres habían denunciado por años resultó ser cierto”. **Ellas, las cuchas tenían razón.**

El arte urbano, en especial, el muralismo, siempre ha sido una forma de narrar lo que muchos no se atreven a decir en voz alta. Pero en Colombia, un país donde la memoria todavía es terreno de disputa, pintar un muro también puede ser un acto de rebeldía, de desobediencia e incluso de peligro. Las reacciones no se hicieron esperar. En Medellín, la alcaldía liderada por Federico Gutiérrez mandó a borrar el mural. En Bucaramanga, fue removido varias veces. En Bogotá fue vandalizado e incluso catalogado como “un graffiti petrista” por Josías Fiesco, activista político del Centro Democrático. Se trató de un acto de censura.

Lo que molesta no es la pintura en sí, ni el uso del espacio público, ni el color, ni el tamaño. Lo que le molesta al poder es la verdad que representa. Molesta que las madres hayan tenido razón. Molesta que lo digan en voz alta. Molesta que lo pinten donde todos lo puedan ver. Pero la belleza de este movimiento es que ni el borrado ni la censura han logrado silenciarlo. Al contrario, cada vez que se borra un mural, aparece otro. La expresión ha cruzado fronteras, se ha replicado en carteles, camisetas, pancartas y redes sociales. Se ha convertido en una consigna, no solo de justicia, sino también de dignidad.

El acto de realizar este tipo de piezas gráficas funciona como una forma de crear memoria social. Es un homenaje vivo a quienes siguen de pie, esperando volver a ver a sus seres queridos. No es solo una consigna estética, es una forma de decir “no están solas”, una forma de honrar el dolor sin permitir que caiga en el olvido, y sí, puede que pinten de negro los muros para tapanlos; puede que inventen excusas administrativas para limpiar la ciudad de lo incómodo, pero hay algo que no podrán limpiar y es la conciencia de un pueblo que carga con heridas abiertas. La memoria, cuando se expresa a través del arte, tiene una fuerza que ni la censura ni la represión la pueden detener.

Créditos: mi patria



“Las cuchas tienen razón” es más que una frase. Es una denuncia, una verdad incómoda, una forma de sanar colectivamente. Y también es una promesa: la de que algún día, todo se aclarará. Que algún día este país dejará de temerle a su pasado. Que algún día, la justicia será más que una palabra.

Porque, aunque el arte sea censurado, aunque borren una y otra vez los murales, no podrán callar a un pueblo lleno de dolor, pero también lleno de esperanza. Esperanza de que esta historia, la verdadera, sea contada, recordada y, sobre todo, reparada.

En el mismo orden de ideas, lo que revelan estos murales es que el arte no necesita intermediarios para conectar con la gente. No hace falta una sala de exposición ni un curador para converse frente a un muro que grita lo que muchos callan. “Las cuchas tienen razón” no es solo memoria, sino humanidad. Nos recuerdan que detrás de cada desaparecido hay una madre que no se rinde, una historia que no termina, una verdad que aún busca su lugar. Nos confrontan con la responsabilidad colectiva de no olvidar, de no repetir, de no permitir que el silencio borre lo que gritos de dolor ya han contado.

Finalmente, cada vez que alguien vuelve a pintar la expresión, lo que en realidad está haciendo es tender un puente entre el arte y la justicia, entre el pasado y el futuro que aún estamos a tiempo de construir. Y tal vez esa sea la verdadera razón por la que las cuchas tienen razón; porque nunca dejaron de amar, de luchar ni de esperar. Y en este país roto, eso también es una forma de revolución.



Créditos: RTVC noticias



# Consejos de Juventud: ¿espacios participativos o vitrinas clientelistas?

En las fechas de octubre de 2025 se van a llevar a cabo las elecciones para los Consejos de Juventud, establecida por la Ley Estatutaria 1622 de 2013, una figura participativa enfocada en jóvenes entre los 14 y los 28 años que busca la construcción y gestión de políticas públicas que afecten directamente a esta demografía

Por: Daniel Felipe Hernández. 6.º semestre

Varios interrogantes quedan tras la gestión realizada durante los últimos 4 años, principalmente en temas de clientelismo, instrumentalización y el verdadero impacto que pueden tener este tipo de figuras y organizaciones participativas como gestores de cambio y construcción de nuevas formas de entender y aproximarse a la política

En primer lugar, el clientelismo y politización de los espacios fue un elemento que, aunque prohibido por la ley, fue ubicuo a la experiencia de las organizaciones, las cuales adoptaron irremediamente un tinte de plataforma para el lanzamiento de carreras y ambiciones políticas por parte de algunos miembros participantes. Esta desvirtuación de los espacios generó una gran dificultad en lograr una visibilidad real de las demografías juveniles participantes y un espacio participativo que produjera cambios tangibles, transformándolos en espacios de discusión de ya conocidos lugares comunes del discurso político actual colombiano y una plataforma politiquera más para varios de los involucrados, invisibilizando a los que intentaban utilizar el espacio de manera consecuente a como fue establecido.

Estas dificultades en el proceso dialéctico de la construcción política se vieron exacerbadas por la falta de apoyo y garantías para el buen funcionamiento de los espacios. Por un lado, tenemos la falta de recursos y apoyo institucional que fue denunciado por una gran cantidad de participantes para el buen ejercicio de sus funciones y, por otro lado, tenemos la falta de voluntad por parte de los gobiernos locales de implementación de las decisiones tomadas por estos consejos, haciendo de estos espacios, además de una plataforma clientelista, un lugar hermético, suspendido de la verdadera praxis política que se propone por medio de ellos.

Hay una clara instrumentalización de los puestos obtenidos por voto popular, los cuales son figuras visibles sin posibilidad de inmiscuirse en las propuestas políticas ni verlas llevadas a cabo o aplicadas una vez son enunciadas por los consejos.

Créditos: Espacios participativos juvenil



Esto, en últimas, conlleva a la cuestión de qué tan efectivos pueden lograr ser estos espacios, así como cuestionar su nivel de incidencia en las políticas públicas que directamente pueden llegar a afectar a las juventudes participantes. No es que este ejercicio sea completamente en vano, existen experiencias valiosas como en Medellín o Pasto donde estas participaciones políticas juveniles lograron cambios de presupuestos participativos, programas de educación sexual o políticas de empleo joven, sin embargo, son casos aislados que contaron con una sinergia de voluntades políticas que permitieron su incidencia en políticas públicas tangibles, cosa que no debería tener una interdependencia de voluntades sino ser un mecanismo de representación directo dentro de los gobiernos locales. Se debe tomar estos ejemplos, más allá del cinismo de verlos como una excepción a la politiquería tradicional, como una muestra de qué sucede cuando estos mecanismos realmente son efectivos y funcionan.



Créditos: aarp

Desde luego que dentro del proceso de implementación y consolidación de estas organizaciones van a existir un gran número de dificultades, así como reticencia por parte del establecimiento político tradicional de permitir una participación directa de los representantes en la práctica política, sin embargo, la creación de estos espacios es un paso en la dirección correcta. Por medio del fortalecimiento sistemático, la injerencia directa en la política pública, el eliminar el clientelismo y politiquería de estos espacios, pueden realmente transformarse en un vehículo directo y tangible para cambios sociales necesarios, expresados por una juventud directamente impactada por estas políticas públicas. Las elecciones nuevamente sucederán en octubre de este año, solo resta esperar a ver qué pasa.

Créditos: Portal participación



# Cuando el aula se convierte en amenaza

En Colombia, ser niño no es sinónimo de ternura ni de protección. En lugar de crecer entre juegos, afecto y felicidad, miles de menores viven en alerta, expuestos a peligros que deberían estar muy lejos de sus vidas.

Por: Nikol Tatiana Bohórquez Ladino. 6.º semestre

Los espacios donde deberían sentirse más seguros son el hogar, los colegios y el jardín infantil. Lugares que se supone son destinados al cuidado, la confianza y el aprendizaje; se cree que quienes allí trabajan han sido formados para proteger y acompañar a los más pequeños, pero los hechos recientes demuestran que la realidad es muy distinta. Se han convertido, para muchos, en espacios de violencia física, emocional y sexual. Y lo más doloroso es que, como sociedad, estamos empezando a normalizar esta violencia.

Peor aún: los agresores no siempre están en la calle: a veces usan bata, se llaman “profesores” y tienen una sonrisa que oculta el abuso.

La violencia contra los niños y niñas no es una cifra más. Es una realidad que se repite todos los días con nombres, rostros y cicatrices. Basta con mirar lo que está ocurriendo en el país: en los primeros meses de este año, es decir, entre enero y marzo de 2025, se abrieron 4.375 procesos por presunto delito sexual contra menores de edad, detrás de cada caso no hay solo una estadística, hay un niño que dejó de dormir tranquilo, una niña que ya no quiere ir al colegio, unos padres que no saben cómo consolar lo inconsolable.



Créditos: Semana.com

Hace poco el país quedó en shock tras conocerse el caso de Freddy Arley Castellanos, educador del ICBF, capturado en mayo de 2025 por el presunto abuso sexual de varios niños en un jardín infantil de Bogotá.

Las denuncias, inicialmente, fueron negadas y minimizadas por la institución, pero cobraron fuerza tras los dictámenes de Medicina Legal y los relatos de padres que notaron cambios inquietantes en el comportamiento de sus hijos. ¿Cómo es posible que alguien así pasara filtros de selección? ¿Qué tan frágil es el sistema que confía el cuidado de los más vulnerables a cualquiera con un título y una hoja de vida limpia en apariencia?

Este caso no es un hecho aislado sino la punta de un problema inquietante. En apenas los primeros 3 meses de este año, solo en Bogotá se registraron 2.404 alertas por violencia sexual contra niños, niñas y adolescentes en instituciones educativas de Bogotá, lo que representa un incremento de 740 casos en comparación con el periodo del año anterior, es decir, en el año 2024. Lo más alarmante es que el 50% de estos hechos ocurrieron dentro de las instituciones educativas, revelando una crisis de protección, ya que en los espacios que deberían ser seguros y de aprendizaje para la infancia y para los adolescentes se están convirtiendo en escenarios de abuso y miedo.

Esto es inaceptable. No puede ser que en un país que se dice ser defensor de los derechos humanos, los más indefensos sigan siendo sistemáticamente vulnerados. ¿Dónde están las autoridades? ¿Por qué siguen fallando los filtros para seleccionar a quienes cuidan y educan? Como ciudadana, como joven, como parte de esta sociedad, me indigna profundamente que seamos testigos de estas atrocidades y que no estemos haciendo lo suficiente para detenerlas.

Los colegios y los jardines no pueden seguir siendo espacios confusos, donde las víctimas son silenciadas y los agresores protegidos por el sistema. Debemos exigir, como sociedad, un cambio radical. Primero, es importante entender que el problema no es solo por unos pocos casos aislados o personas malas. Lo que realmente ocurre es que hay un problema grande y constante en el sistema, donde muchas veces se ignoran, se descuidan o incluso se permiten estas situaciones una y otra vez. Segundo, implementar protocolos de prevención y atención eficaces que incluyan formación constante a todo el personal educativo sobre abuso infantil, señales de alerta y las formas correctas de denunciar. Tercero, fortalecer la presencia de psicólogos y trabajadores sociales en las instituciones

No es posible que un solo orientador escolar deba atender cientos de estudiantes sin los recursos necesarios. Asimismo, necesitamos justicia. Justicia real, rápida y ejemplar, porque mientras un abusador queda libre por falta de pruebas, una niña o un niño queda marcado para toda la vida. El trauma no se borra con el paso del tiempo, ni con disculpas institucionales. Este país se ha acostumbrado a convivir con el dolor ajeno, sobre todo cuando ese dolor no tiene voz propia. Pero los niños y niñas nos están diciendo, con su silencio, sus dibujos, sus pesadillas, que algo terrible ocurre en los lugares donde deberían estar seguros. ¿Vamos a seguir ignorándolos?



Créditos: Semana.com





Créditos:educra

La infancia no debería ser una etapa para sobrevivir, sino para disfrutar. Los niños no tendrían por qué vivir con miedo, sufrir maltratos o soportar abusos; al contrario, deberían estar jugando, aprendiendo y creciendo con amor y protección. Y si no somos capaces de garantizar eso, entonces no merecemos hablar de futuro, ni de progreso, ni de educación porque esas palabras solo tienen sentido si los niños están bien, seguros y felices. En consecuencia,

un país que permite el abuso de sus niños en cualquier escenario es un país que está fallando en lo más importante: en cuidar lo que nos hace verdaderamente humanos.

No podemos seguir permitiendo que quienes tienen el deber de educar o cuidar se conviertan en abusadores. Si el hogar y la escuela no son espacios seguros, entonces ¿qué futuro estamos construyendo? Es hora de actuar con decisión:

exigir justicia eficaz, implementar filtros rigurosos, garantizar acompañamiento psicológico y transformar nuestra cultura para dejar de ver a los niños como propiedad de los adultos, es hora de indignarse.

Colombia tiene una deuda urgente con su infancia que no se paga con discursos sino con acciones oportunas y eficaces.



Créditos:Problemas en el aula.com



# Bella Ramsey no debe parecerse a Ellie para interpretarla

En 2020, HBO anunció que adaptaría a un formato televisivo el exitoso videojuego The Last of Us, creando una expectativa gigante. El juego fue lanzado en 2013 por el estudio Naughty Dog, actualmente es considerado uno de los mejores de todos los tiempos por su carga narrativa y la complejidad de sus personajes.

Por: Miguel Ángel González. 6.º semestre

El juego está ambientado en un mundo postapocalíptico, donde la historia sigue a Joel, un hombre endurecido por la pérdida y su relación con Ellie, una adolescente inmune a una infección letal que ha diezmado a toda la raza humana. La historia es muy, muy humana y el rol de Ellie es central en su desarrollo. Por eso, cuando se reveló que Bella Ramsey (Una actriz británica conocida por ser Lyanna Mormont en Juego de Tronos) interpretaría a Ellie, las reacciones salieron a la luz como si de una colmena en invasión se tratase. Muchos celebraron la elección, otros (en especial en foros y otras redes sociales) la criticaron sin pensar, sobre todo por su aspecto físico, generando una controversia que ha persistido desde su estreno hace 2 años hasta la actualidad con el estreno de su segunda temporada.

Desde ese anuncio, Bella Ramsey ha sido el foco de una avalancha de odio en redes sociales. Ni siquiera había salido un trailer de la serie cuando una enorme parte de los fans ya la habían sentenciado con varias razones, si su parecido era nulo, si no tenía el carisma, su rostro no convence... Tras el estreno, aunque muchos reconocieron su talento en la actuación, el odio no se detuvo. ¿Por qué una actriz joven que interpreta a un personaje ficticio, ha recibido ataques tan desproporcionados?

La respuesta no está solamente en los desacuerdos sobre la decisión de reparto. Lo que hay detrás de tantas críticas, muchas veces disfrazadas de análisis objetivos, es un problema mucho más profundo: La intolerancia a todo lo que no cumple las expectativas del público. En este caso, son varios factores los que hicieron el centro del odio: su aspecto físico, su identidad de género y cómo no, el simple hecho de no encajar con un molde estético que muchos tenían en sus cabezas.

Como dato, un informe que publicó el medio The Fawcett Society en 2022 sobre violencia de género en línea demostró que el 75% de las mujeres jóvenes en el Reino Unido han experimentado algún tipo de acoso en Internet, y que las mujeres en el ámbito público (actrices, periodistas, activistas, etc.) son las más vulnerables. Y con Bella, una joven no binaria y que escapa de estándares tradicionales de belleza, las reacciones violentas se acrecientan.

Sí, muchas (por no decir la mayoría) de las críticas hacia Bella Ramsey no tienen nada que ver con su interpretación, sino con el hecho de que "es fea". Ella no encaja con el ideal estético que se espera de una protagonista adolescente. Su rostro, sus gestos, su forma de hablar, todo ha sido analizado con microscopio de una manera muy cruel que rara vez se ha aplicado en actores hombres. Y si se hace, el juicio casi nunca es enfocado en su apariencia física.



Créditos: [tuenlinea.com](https://tuenlinea.com)

En una entrevista, Bella Ramsey reconoció que le fue complicado aceptar que no necesitaba parecerse físicamente a Ellie para interpretarla. Confesó que llegó a obsesionarse con el físico del personaje en el videojuego, sobre todo con su musculatura, entrenó boxeo, jiu-jitsu y levantamiento de pesas, intentando acercarse a ese ideal. Pero también admitió que: "Mi tipo de cuerpo no es ese". El entender que no tenía que clonar una figura generada por píxeles y procesadores para ser Ellie fue un proceso muy difícil para ella, con inseguridades que no debería tener ningún actor, y ninguna persona en general.

La presión fue tal que Bella decidió desactivar sus redes sociales antes del estreno de la segunda temporada de la serie. Aunque nunca fue muy activa, reconoció que debía protegerse: "Me metía, veía algunos comentarios negativos y pensaba 'esto es una mala idea'. Esa decisión que tomó por su salud mental es un testimonio del daño real que puede causar el escrutinio constante y mal intencionado de los "fans".

La actuación no es un concurso de belleza, es la capacidad de encarnar a otro ser humano (bueno, dependiendo del producto) y en eso Bella Ramsey destaca. Su Ellie es cruda, vulnerable, valiente e impulsiva, una adolescente marcada por la pérdida, el trauma y su deseo de supervivencia. Sí, es distinta a la Ellie del videojuego, pero profundamente fiel en lo que sí es importante: su humanidad, siendo algo que va más allá de unos cuantos píxeles.

Claro, la crítica es bienvenida y, sobre todo, necesaria, pero debe ser honesta y justa, es distinto decir "No me gustó su interpretación" a lanzar comentarios ofensivos sobre su rostro, su género o su cuerpo. El proceso creativo (y el arte en general) no debería adaptarse a los prejuicios de unos cuantos, debemos ver más allá del parecido físico, ¿Bella captura las emociones, conflictos y la evolución de Ellie en el videojuego? Sí, rotundamente, más allá de los cambios de guion.

Incluso, tenemos a Ashley Johnson, la actriz que interpretó a Ellie en los dos videojuegos. Ashley no solo respaldó la actuación de Bella, sino que afirmó que "Nadie más podría haberlo hecho como ella" y esto es importante, la Ellie original reconoce a Bella como su mejor colega en el papel, ¿no debería eso ser suficiente para quienes son fans del personaje?



Evidentemente todo esto también cuenta con una doble vara, no solo desde los actores hombres, sino también desde otras mujeres. Actrices como Gal Gadot, por ejemplo, han sido ampliamente celebradas por sus papeles aun si su rango actoral es cuanto menos deficiente. Pero Gal Gadot es alta, delgada, tiene facciones consideradas convencionales y como dice el dicho: “*¡parece una estrella!*”. A nadie le exige parecerse a una figura de videojuegos ni pasar esas pruebas de autenticidad. Su atractivo físico parece hacerla inmune ante las críticas más duras, ¿por qué Bella, que ha ofrecido una interpretación extremadamente compleja, no recibe un margen igual o, al menos, similar?

Y como si esto no fuese suficiente, la segunda temporada de *The Last of Us* sufrió un bajón en su recepción, tanto la crítica como la narrativa.

Sí, esto avivó el odio hacia Bella. Una temporada con menos ritmo, decisiones de guion cuestionables y una dirección desigual les dio a muchos la excusa ideal para atacar de nuevo a la joven actriz como si fuese la responsable no solo de actuar, sino de escribir, dirigir y producir, ¿por qué no se ataca de igual forma a los directores Mazin y Druckmann? Bella es el chivo expiatorio.

Cuando lo fans se convierten en juicios para los actores con base en su aspecto o identidad, pierden de vista el sentido mismo de las historias: conectar con lo humano, *The Last of Us* no es un documental, es una obra de ficción que, como toda adaptación, debe reinventar lo que cuenta, no para manchar la obra original, sino para encajarla en otro lenguaje, en otras miradas, las de aquellos que no conocen los videojuegos.

Bella Ramsey no debe parecerse a Ellie para ser Ellie, ¿por qué? Porque Ellie no es solo un rostro o una voz, es una historia de supervivencia, dolor, amor y rabia. Y Bella supo llevar esa historia de una manera auténtica que duele, que conmueve. El mundo de *The Last of Us* tiene sus estándares, no hay moldes rígidos.

Tal vez (*y sin el tal vez*) el problema no está en Bella, está en quienes no entienden que la representación y la diversidad importan y que el arte (real) desafía las expectativas para que quienes lo disfrutan, crezcan.



Créditos: Miguel Ángel González



# Colombia: el país del emprendimiento digital sin reglas

En Colombia, el fraude digital ha dejado de ser una amenaza lejana para convertirse en parte del paisaje cotidiano del comercio en línea.

Por: Luisa Fernanda Güiza Barbosa, Silvana Ramirez, Katherin Payares. 8.º semestre.



Crédito: Dream world

Cada día, miles de personas ingresan a redes sociales en busca de productos, servicios o experiencias, sin imaginar que al otro lado de la pantalla puede haber un estafador. Según un informe de TransUnion publicado en octubre de 2024, los intentos de fraude digital en el país aumentaron un 43,5% en solo un año, una cifra que refleja con crudeza lo que para muchos usuarios se ha vuelto una experiencia personal: ser engañados, perder dinero y no encontrar a nadie que responda.

Comprar por redes sociales es, cada vez más, un acto de fe. Basta con deslizar unos segundos en Instagram, Facebook o TikTok para encontrar tiendas improvisadas,

promociones inverosímiles y productos que parecen salidos de una fantasía de consumo instantáneo. Con un clic y sin mayor verificación se puede transferir dinero a un desconocido que promete enviar un celular, una consola o un sofá. No hay contrato, no hay factura y, muchas veces, tampoco hay producto. Cuando el pedido no llega, y suele no llegar, no existe una ruta clara para reclamar. En un ecosistema sin reglas ni supervisión, el fraude no solo es frecuente, es rentable, fácil y, casi siempre, impune.

Pero en esta economía digital desbordada no solo pierden los compradores.

También caen los pequeños emprendedores que intentan operar dentro de la legalidad: los que pagan impuestos, gestionan tiendas virtuales y utilizan pasarelas de pago seguras. Juan Ortega, experto de TransUnion asegura que, “*hoy los criminales digitales ya no solo atacan desde un correo sospechoso; ahora construyen perfiles creíbles, aprovechan la ingeniería social y cruzan información filtrada para hacer fraudes más sofisticados. El riesgo está en todos los frentes: desde la suplantación hasta la manipulación de plataformas que no tienen verificación robusta de usuarios*”.



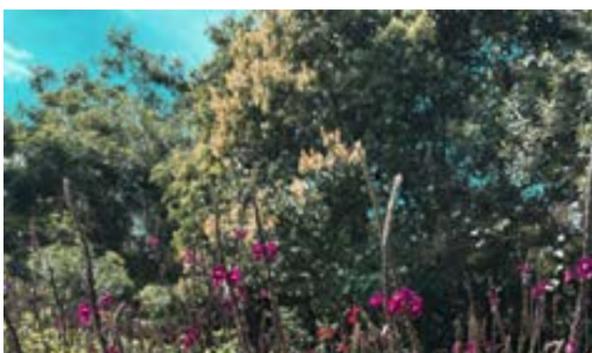
Muchos comercios han sido víctimas de fraudes por parte de usuarios que simulan pagos, solicitan devoluciones falsas o los extorsionan con amenazas reputacionales. En ambos extremos, el comprador ingenuo y el vendedor honesto, el comercio digital colombiano ha crecido sobre una base frágil, sostenida por la informalidad, la falta de regulación efectiva y la indiferencia de las plataformas tecnológicas que siguen funcionando como vitrinas, pero no asumen responsabilidad alguna sobre lo que ocurre dentro de sus dominios.

El auge del comercio electrónico ha traído consigo una explosión de oportunidades, pero también una peligrosa expansión de riesgos. Mientras los colombianos adoptan con entusiasmo las compras en línea por su facilidad, rapidez y variedad, el escenario digital, particularmente en redes sociales, se ha convertido en un terreno fértil para el fraude. Tiendas ficticias, ofertas engañosas y perfiles anónimos se camuflan entre contenidos cotidianos aprovechando los vacíos normativos y la escasa cultura digital de una parte importante de la población.

### Demasiado bueno para ser cierto: el fraude que se esconde entre clics

Comprar por redes sociales se ha convertido en una práctica común para miles de colombianos. Desde ropa y entradas para conciertos, hasta muebles o tiquetes aéreos, el comercio digital parece una solución rápida, cómoda y personalizada. Pero tras la navegación entretenida también se esconde un riesgo creciente: el fraude.

Las plataformas más utilizadas por los estafadores son también las más populares entre los compradores: Facebook, Instagram y TikTok. Allí, los delincuentes se camuflan en cuentas aparentemente legítimas, replican imágenes de tiendas reales, envían facturas con logos, ofrecen precios tentadores y se apoyan en el sentido de urgencia del comprador para cerrar la transacción lo más rápido posible. Según Ortega, *“la ingeniería social sigue siendo la herramienta más poderosa de los estafadores, porque no necesitan vulnerar sistemas si logran manipular a las víctimas para que entreguen voluntariamente sus datos o su dinero”*.



Créditos: Luisa Fernanda Güiza Barbosa, Silvana Ramirez, Katherin Payares

Esa fue la experiencia de dos jóvenes bogotanas que buscaban entradas para el concierto de Shakira. Contactaron una página en Facebook que ofrecía boletas con respaldo de capturas de pantalla, facturas y un supuesto comprobante de compra. El vendedor pedía un 50 % de abono para reservar. Después del pago, desapareció. Conversación eliminada. Perfil borrado. El patrón se repite: un producto atractivo, una plataforma informal, un pago anticipado y una víctima sin rastro que seguir.

Las compras en redes sociales se han vuelto un ejercicio de confianza sin respaldo. *“En estas plataformas todos somos muy grandes y es difícil tener pistas claras sobre si alguien es confiable o no”*, advierte Catalina, ingeniera de datos entrevistada para esta investigación. Según explica, los estafadores suelen desviar rápidamente la conversación a canales externos y ofrecen medios de pago poco rastreables, como billeteras digitales, donde no queda constancia del fraude.

Créditos : Luisa Fernanda Güiza Barbosa, Silvana Ramirez, Katherin Payares



### Confianza, urgencia y silencio: el guion emocional del delito digital

Las estafas digitales no solo se apoyan en herramientas tecnológicas. También operan desde lo emocional. La urgencia, la ilusión y la confianza son elementos centrales del guion que repiten, con variaciones mínimas, los estafadores en redes sociales.

Una mujer mayor, por ejemplo, fue víctima de una falsa agencia de viajes llamada *Tiketesarbaratos.com*. Había visto el anuncio en Facebook: precios bajos, logos oficiales, formulario de pago, todo parecía real. Ingresó sus datos personales y bancarios, finalizó la compra, pero nunca más recibió confirmación. Al día siguiente, le habían robado un millón de pesos. *“Yo no entiendo cómo caí. Todo se veía igual a una página normal”*, diría después.

El truco funciona por la forma en que estas plataformas presentan la información: contenido diseñado para parecer legítimo, respuestas rápidas y supuesta personalización. Nicolás Rincón, creador de contenido, relató cómo sus padres fueron estafados por una cuenta de TikTok que ofrecía muebles artesanales.

Había videos con buena producción, facturas con dirección física en Medellín, y una comunicación fluida por semanas. Hasta que la entrega nunca llegó, el número fue bloqueado y los tres millones de pesos depositados se esfumaron.

*“Muchos estafadores sacan al usuario del canal oficial para llevarlo a WhatsApp o Instagram, donde ya no hay vigilancia ni verificación”*, explica Catalina. *“No estamos hablando de hackers con guantes negros. Estamos hablando de personas que aprendieron a manipular desde el celular, con herramientas que cualquiera puede usar”*.



Créditos:confianzadigital.com

### Del clic a la denuncia: un camino lleno de obstáculos

Perder dinero en una estafa digital es solo el comienzo. Intentar denunciarlo puede ser igual o más frustrante. Aunque Colombia cuenta con rutas institucionales para reportar fraudes, muchas víctimas enfrentan trámites poco claros, procesos lentos y, en muchos casos, la sensación de que nada va a pasar.

Según la Superintendencia de Industria y Comercio (SIC), entre enero y agosto de 2024 se registraron 1.612 denuncias por problemas en comercio electrónico. Solo 406 llegaron a investigación formal y 41 terminaron en sanción. En paralelo, el CAI Virtual de la Policía Nacional reportó más de 59.000 denuncias por delitos informáticos en 2023, muchas de ellas relacionadas con compras iniciadas en WhatsApp, Facebook o Instagram. Aun así, los casos resueltos son mínimos y la recuperación del dinero es casi inexistente.

Denunciar es posible: a través del portal de la SIC ([www.sic.gov.co](http://www.sic.gov.co)), el CAI Virtual ([cai-virtual.policia.gov.co](http://cai-virtual.policia.gov.co)), la Fiscalía o la Personería de cada ciudad. Pero para muchas víctimas, esas rutas están llenas de barreras. Requieren pruebas, tiempo, conocimiento legal y paciencia. Por eso, muchos prefieren callar. Como en el caso de la mujer que perdió dinero con una supuesta venta de boletas: *“Me dio pena contarle a mi familia. Me sentí tonta. Pensé: si ya perdí la plata, ¿para qué ir a poner una denuncia que no va a servir de nada?”*



Créditos: Luisa Fernanda Güiza Barbosa,  
Silvana Ramirez, Katherin Payares



Me interesa el coche que estás vendiendo

### Del phishing al pixelado: tecnología al servicio del engaño

Las estrategias de fraude no solo se apoyan en emociones. También usan herramientas tecnológicas que, aunque básicas, resultan eficaces. Según un estudio de la Universidad Internacional de La Rioja, la suplantación de sitios web o phishing es una técnica que modifica el sistema de resolución de dominios para redirigir al usuario a páginas falsas sin que lo note. Esas páginas imitan bancos, aerolíneas o tiendas online, y buscan robar datos personales o financieros.

A esto se suman softwares maliciosos, clonación de perfiles, creación de pasarelas de pago falsas o la alteración visual de documentos. “Los delincuentes digitales han refinado tanto sus métodos que logran emular todo un ecosistema de compra legítimo: logos, páginas espejo, enlaces clonados y facturas idénticas a las reales”, advierte Ortega. En el caso de los padres de Nicolás, la factura enviada tenía logo, firma, dirección e incluso resolución de facturación. Pero al ampliarla, los gráficos estaban pixelados y el nombre del contacto en WhatsApp no coincidía con el de la cuenta bancaria.

Para Marc Rivero y María Isabel Manjarrez, del equipo de Kaspersky, una reconocida empresa global de ciberseguridad con sede en Rusia, los ciber criminales aprovechan la ingeniería social y escasa educación digital para operar con facilidad las plataformas abiertas. Advierten que la migración del fraude tradicional hacia redes sociales ha desbordado la capacidad de respuesta de los sistemas automatizados. “Los filtros no detectan manipulación emocional, ni suplantación visual bien diseñada”, afirman. Daniel Spangenberg, experto de Koin, empresa dedicada a e-commerce, agrega que el verdadero problema es la falta de interoperabilidad entre actores: “Cada uno tiene su pedazo del sistema: bancos, plataformas, comercio, pero nadie comparte información en tiempo real. Así es imposible detener el fraude cuando ocurre”.

Aunque existen tecnologías como machine learning, reconocimiento de patrones o algoritmos de autenticación, su uso está limitado en los canales informales donde opera la mayoría de los estafadores: redes sociales y mensajería directa.



Créditos:universidad digital

### Leyes sin dientes, plataformas sin culpa

Colombia cuenta con un marco legal que reconoce el comercio electrónico y los delitos informáticos. Pero la velocidad de la tecnología ha superado la capacidad de reacción del Estado. La Ley 527 de 1999, por ejemplo, reconoce el valor jurídico de los mensajes de datos. El Estatuto del Consumidor (Ley 1480 de 2011) protege las compras no presenciales. La Ley 1581 de 2012 regula el uso de datos personales. Y la Ley 1273 de 2009 tipifica delitos como el hurto informático o la suplantación de sitios web. Sin embargo, su aplicación en contextos como Instagram o TikTok es limitada.

La reciente Ley 2293 de 2023 busca modernizar el comercio electrónico, obligando a las plataformas a identificar a sus vendedores y brindar canales de atención. Pero aún no se han establecido sanciones concretas para los marketplaces que permiten fraudes sin supervisión. Tampoco hay exigencias de trazabilidad, ni protocolos obligatorios para verificar cuentas comerciales en redes sociales.

Como explica el abogado Mattius Sarmiento, “la principal barrera que uno encuentra frente a estos delitos cibernéticos es que el Estado colombiano apenas está realizando una actualización de la tipología penal. El problema es que solo puede considerarse delito aquello que esté expresamente tipificado en el Código Penal”.

Además, los gigantes tecnológicos siguen funcionando como vitrinas sin responsabilidad. Meta, que controla Facebook, Instagram y WhatsApp, permite millones de transacciones diarias en sus plataformas sin que los usuarios cuenten con respaldo real. TikTok, por su parte, ha sido señalado por alojar cuentas falsas que ofrecen productos inexistentes durante semanas antes de ser eliminadas.

Créditos:computoonline.com



Los proyectos de ley No. 190 de 2022 (Cámara de Representantes) y 184 de 2022 (Senado) actualmente en revisión y a espera de sanción presidencial, buscan proteger a las víctimas de suplantación y fortalecer las garantías del consumidor digital. Pero en la práctica, el marco legal sigue estando varios pasos detrás de los estafadores. “Estaría sujeto a la interpretación judicial, y los jueces son celosos con esas pruebas porque falsificar o modificar un chat hoy en día es muy fácil”, señala Sarmiento.

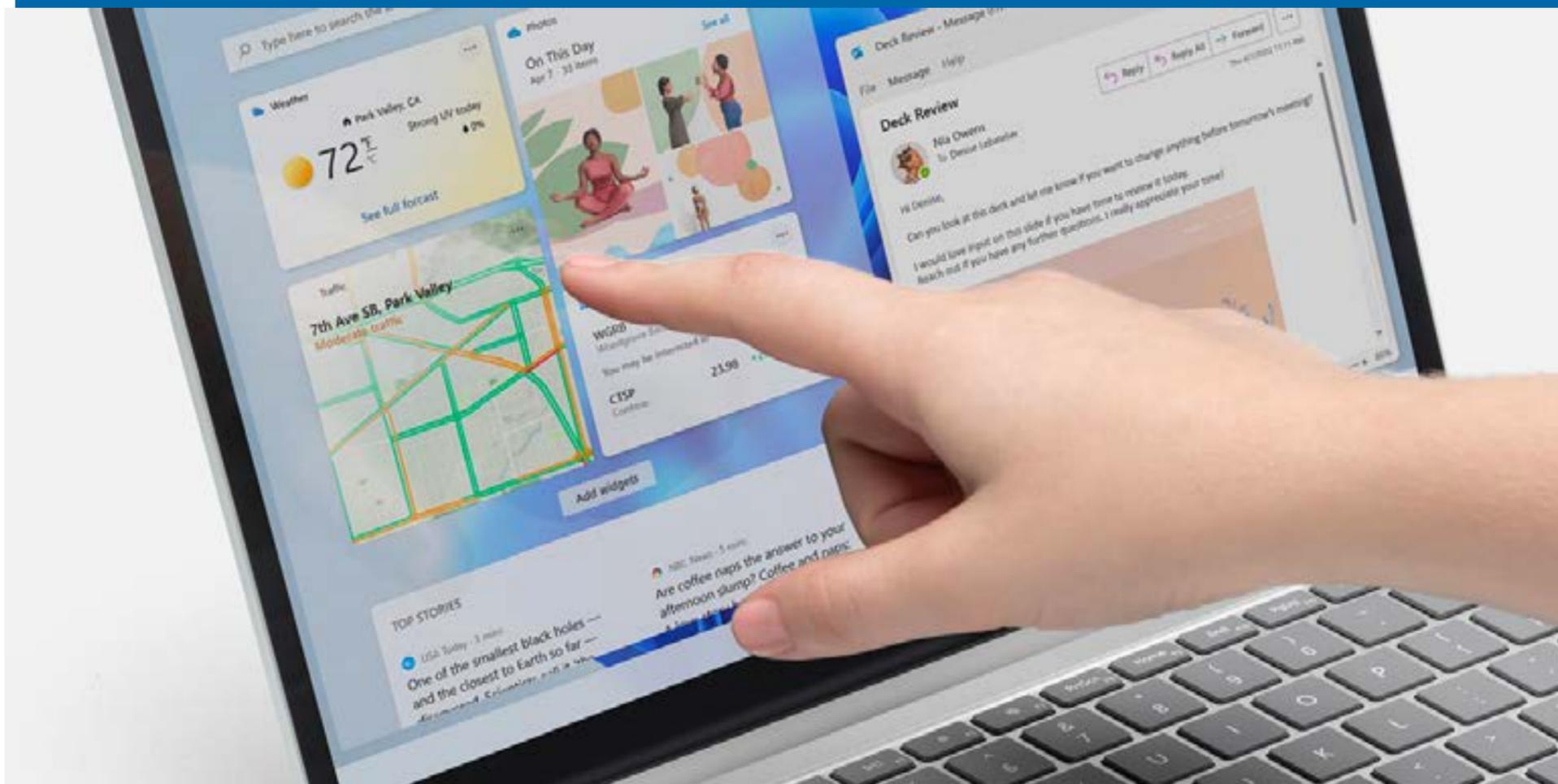
¿Qué hacemos entonces? Para Juan Ortega, gerente de Marketing de TransUnion, la clave está en reaccionar con tiempo: “Nadie puede evitar que se haga fraude, pero si se puede reaccionar pronto”. Recomienda priorizar métodos de verificación de identidad, utilizar canales que permitan firmas digitales verificables, solicitar comprobantes con trazabilidad bancaria y estar atentos a cualquier comportamiento que genere presión o urgencia. La prevención, dice, no depende solo de la tecnología, sino del criterio del usuario al momento de comprar o vender en línea.



Créditos:Kaspersky



Créditos: Luisa Fernanda Güiza Barbosa, Silvana Ramirez, Katherin Payares



**Comprar en línea no debería ser un salto al vacío**

El fraude digital en Colombia no es solo un problema de ciberseguridad. Es una expresión más de la informalidad que atraviesa gran parte de la economía, de la debilidad institucional frente a los delitos no violentos, y de la desconexión entre plataformas globales que se lucran con cada transacción y los ciudadanos que asumen todo el riesgo.

Cada historia de estafa digital es también una historia de confianza rota, de desinformación y de ausencia estatal. Mientras los usuarios sigan comprando sin garantías y las plataformas sigan operando sin responsabilidad, lo que parece un clic inocente puede terminar en una pérdida económica, emocional, o incluso, de identidad.

Prevenir no es solo educar al consumidor. Es exigir reglas claras, herramientas eficaces y actores que respondan. Porque en el país del emprendimiento digital sin reglas, la legalidad no puede seguir siendo opcional y la justicia, un privilegio para los que no se rinden.

**DATEATE**  
Web

En la alianza con **UNIMINUTO RADIO**

<https://www.uniminutoradio.com.co/dateate/>

- 1 EE.UU. se retira de la UNESCO Por: Daniela Rodríguez
- 2 Fondo Monetario Internacional cuestiona la estrategia arancelaria de Trump Por: Daniela Rodríguez
- 3 Autocuidarse es un acto colectivo: reflexiones en el Día Internacional del Autocuidado Por: Daniela Rodríguez
- 4 El arroz volvió a la olla: productores y Gobierno firman acuerdo tras paro nacional Por: Daniela Rodríguez
- 5 La Vuelta a Colombia 2025: una carrera con historia, montaña y nuevas apuestas Por: Daniela Rodríguez



Lea desde su móvil con el código QR de Dateate

En redes sociales estamos



DateateWeb



@DateateWeb



@DateateWeb



@DateateWeb



# El Ecoparque de la Biodiversidad como espacio de transformación urbana

Entre el murmullo del río y el cuidado de sus guardianes, el Ecoparque COP16 propone una nueva forma de vivir la ciudad: caminándola desde la conciencia ambiental.

Por Tatis Guinar-Estudiante de Comunicación Social Corporación Universitaria Misión Paz Cali  
Red Colombiana de Periodismo Universitario



Red Colombiana  
de Periodismo  
Universitario

## Un pulmón en medio del concreto

En medio del calor inconfundible de Cali, donde los árboles son cada vez menos y los centros comerciales más, un nuevo espacio se abre paso entre la urgencia y la esperanza: el Ecoparque de la Biodiversidad COP16, un lugar donde la naturaleza no solo se observa, sino que se siente con cada fibra del ser.

Créditos: Tatis Guinar



Inaugurado el 15 de junio de 2025, este ecoparque no es simplemente una zona verde. Es un recordatorio, un pulmón que respira. Son 920.000 metros cuadrados que nos dicen, con cada hoja y cada ave, que aún podemos convivir con lo natural. El desarrollo no tiene por qué significar cemento.



Créditos: Tatis Guinar

Caminar por el ecoparque es sumergirse en una burbuja de aire puro, donde el alma se nutre de la vida que brota en cada rincón. A lo lejos, el río Pance entona una sinfonía de corriente y calma, un murmullo constante que actúa como bálsamo para el espíritu. Sentir la frescura de sus aguas en los pies es, en medio de la ciudad, volver a respirar. Esta presencia vital explica el verde vibrante, la vegetación exuberante y la riqueza de la biodiversidad que aquí coexiste.

En solo una hora, cuerpo y mente se sienten renovados. Entonces se comprende la capacidad transformadora de la naturaleza: un regalo inmenso del río y del cuidado de sus guardianes.

Créditos: Tatis Guinar



## Guardianes, visitantes y una conexión que transforma

Este viaje por la biodiversidad se teje con la guía sabia de los guardaparques del DAG-MA, quienes no solo acompañan: se convierten en cómplices de una inmersión profunda. Su presencia genera una conexión inmediata con el entorno, una invitación a participar activamente en el cuidado de este santuario natural.



Créditos: Tatis Guinar

Uno de ellos lo expresa así:

*“Aquí no solo se camina, se siente la vida. Nosotros, los seis compañeros por turno, nos distribuimos para que cada grupo de 15 a 30 caminantes se lleve la mejor experiencia. No es solo ver; es entender lo que tenemos.”*

A través de sus relatos, los visitantes son invitados a replantear la desconexión actual con lo natural. Se recuerda cómo los pueblos ancestrales vivían en armonía con la tierra: aprovechaban sus dones y le devolvían respeto y cuidado. Es una lección viva sobre los colores de las flores, la vitalidad de los árboles frutales y el incansable canto de las aves. Todo ello, reflejo del río y de la dedicación de quienes lo protegen.



Créditos: Tatis Guinar



Créditos: Tatis Guinar



Cada rincón asombra. La planta 'Pelicano', por ejemplo, es una muestra ingeniosa de adaptación natural que conecta y maravilla.

Este espacio alberga 257 especies de aves, 9 de peces, 18 de anfibios, 32 de reptiles, 50 de mamíferos y 141 especies de flora, todas en convivencia sin intervención humana. Aquí se aprende a contemplar, respetar y valorar la red delicada de la vida.

### ¿Cómo vivir la experiencia?

**-Inscripción:** <https://ecopance.tes-tweb2024.com/reservas#step-1>

**Reservas:** hasta 5 visitantes por formulario

**Acceso:** con código QR y documento de identidad

**Grupos grandes:** para más de 20 personas, escribir a [ecoparquebiocop16@cali.gov.co](mailto:ecoparquebiocop16@cali.gov.co)

**Guías:** todos los recorridos cuentan con acompañamiento especializado

**Cupo por grupo:** máximo 30 personas



Créditos: Tatis Guinar

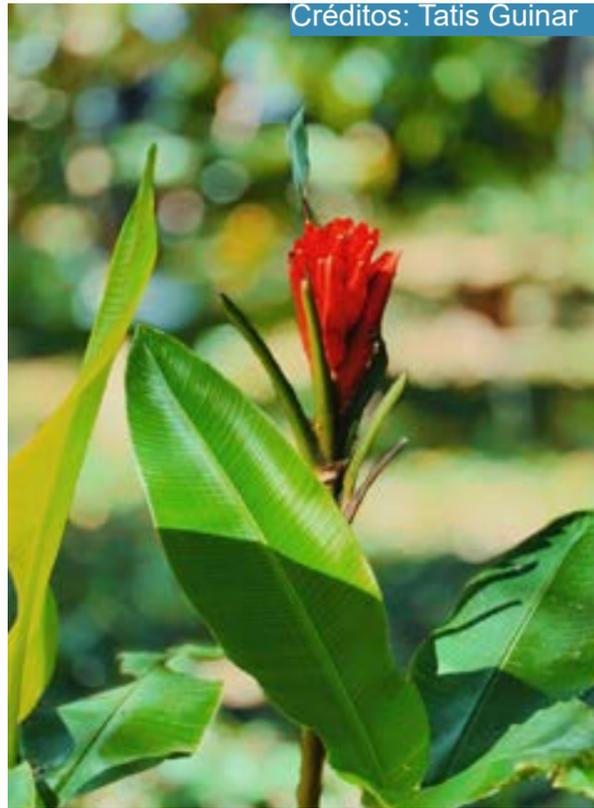
### Un santuario que enseña sin hablar

Al recorrer sus senderos se revela un bosque en restauración: un laberinto polinizador donde cada insecto cumple su función vital. La interacción de especies es una danza silenciosa de equilibrio. Los guías, con elocuencia y cercanía, desvelan los secretos de la flora: desde el achiote, utilizado por pueblos indígenas ancestrales como marca de identidad y pertenencia cultural, hasta la delicada Pringamoza, que enseña, con su sola existencia, el valor de observar sin tocar.



Créditos: Tatis Guinar

Créditos: Tatis Guinar



Por ello, se establecen medidas esenciales:

- Está prohibido alimentar o tocar animales
- No se permite el ingreso de mascotas
- Se restringe el uso de plásticos de un solo uso o elementos que generen ruido
- Se recomienda llevar gorra o sombrero, bloqueador solar, hidratación y calzado cómodo

Créditos: Tatis Guinar



### De la contemplación a la conciencia

Entre los visitantes, surge un ambiente de conexión. En un poco más de una hora de recorrido, la naturaleza actúa como puente entre seres humanos, reafirmando la necesidad de más espacios que fomenten la empatía, el respeto y el vínculo con nuestro entorno.



Créditos: Tatis Guinar

El ecoparque se alza como una propuesta vital para Cali, un efecto mariposa que, al invitar a caminar bajo la sombra de sus árboles y a sentir la frescura del río, impulsa a una ciudad menos sedentaria y más consciente.

Nuestra ciudad no necesita más centros comerciales: necesita espacios vivos, donde podamos reencontrarnos como sociedad, como seres humanos y como parte del planeta.

Aunque solo una parte del proyecto está abierta, con fases futuras que incluirán senderos elevados y aulas ambientales, la experiencia actual ya es profundamente reveladora



Créditos: Tatis Guinar

### Un futuro sembrado en verde

El Ecoparque de la Biodiversidad COP16 representa un primer paso trascendental para Cali. Su existencia nos invita a ir más allá de la contemplación y nos plantea una pregunta urgente: ¿Cuántos de estos santuarios necesita nuestra ciudad para sanar su alma colectiva?

Este espacio es un faro. No basta con saber que existe: la verdadera conexión nace al caminarlo, al escuchar su aliento vegetal. Es un llamado a llevar su mensaje a cada rincón de la ciudad y a recordar que, sin importar el avance, seguimos siendo parte inquebrantable de la tierra que nos sostiene.

A veces, basta caminar entre árboles para recordar quiénes somos.

Lo urgente no es construir más ciudad, sino más conciencia.



Créditos: Tatis Guinar



# La semilla de la justicia

En el barrio Eduardo Santos aprendí de niño que la vida no es del todo justa.

Por: María Camila Rubiano González. 4.º semestre

Cuando tenía seis años vi a un muchacho golpear a una niña venezolana, sin dudarlo me interpose entre ambos y la defendí. Al instante, mis compañeros me coronaron héroe del barrio. Ese acto espontáneo de justicia, nacido del impulso de proteger al más débil, sembró en mí la semilla que años después brotara en mi vocación sacerdotal. Mi nombre es Humberto de Jesús Zapata Barbosa, tengo 82 años y esta es mi historia.

Nací en un hogar humilde, fui el mayor de siete hermanos, aunque una hermana murió muy pequeña, así que crecimos seis: cuatro hombres y dos mujeres. Mi padre trabajaba en la Cervecería Andina y mi madre era profesora del Distrito. Desde niño sentí la necesidad de proteger a los más vulnerables. La violencia fue parte de mi realidad: a los cinco años, en el barrio Samper Mendoza vi pasar volquetas con restos humanos rumbo al cementerio. En el seminario recogía heridos y confesaba moribundos tras las masacres entre liberales y conservadores.

Mi vocación sacerdotal apareció cuando estaba muy pequeño. A los 6 años jugaba a ser cura: bautizaba muñecos, casaba a mis primos y me ponía las batas de mi madre para parecer sacerdote. Diez años después el encuentro con los misioneros redentoristas cambió el rumbo de mi vida. Ellos, dedicados al trabajo con campesinos y comunidades rurales, me mostraron una fe que unía la espiritualidad con la justicia social, estudié con ellos y, a los 24 años, fui ordenado sacerdote.

Mi vida misionera me llevó a recorrer nueve municipios, especialmente en el occidente colombiano, donde viví en pueblos y veredas, tocando la realidad de campesinos y marginados. Adaptándome a diferentes climas, culturas y condiciones, parte de mi rutina diaria. Pero no me conformé con la labor pastoral. Estudié antropología, sociología, psicología y sexología por mi cuenta, convencido de que para servir verdaderamente al otro hay que entenderlo en toda su complejidad.

Una de las experiencias que más marcó mi camino fue mi trabajo como capellán en la Cárcel Modelo de Bogotá. Cinco años en ese lugar duro y violento, donde la esperanza a veces brotaba entre el sufrimiento y la injusticia, me enseñaron que en las sombras más profundas el alma humana puede renacer.



Créditos: [la vida no es justa.com](http://la vida no es justa.com)

Viví muy cerca del Conflicto Armado Colombiano. Caminé junto a campesinos y guerrilleros, con grupos de resistencia, intentando llevarles un mensaje de paz y humanismo. La tarea fue peligrosa: en un campo de guerra, ser sacerdote y defensor de los pobres implica riesgos de todas partes. Recuerdo cómo sufrí rechazo de la misma iglesia al no ser parte de una polarización marcada.

Mi compromiso con los pobres y la justicia me llevó a enfrentar persecuciones. Algunas jerarquías veían mi trabajo como una amenaza política y me acusaban falsamente de apoyar a grupos de resistencia. Incluso llegaron a pagar para matarme. En Bogotá, en la parroquia de La Perseverancia, se dice que un sicario fue contratado para asesinarme; curiosamente, él murió antes. Pese a todo, seguí adelante, sostenido por la fe y la certeza de que la verdadera Iglesia debe estar del lado de los empobrecidos.

Mi pensamiento se inspira en la Teología de la Liberación y en los documentos del Concilio Vaticano II. Creía en una Iglesia defensora de los marginados, que lucha por una sociedad justa y sin clases, basada en el amor y la solidaridad.

Esta postura me llevó a ser un profeta incómodo, para varios por mi forma de analizar a la sociedad, siendo fiel a un mensaje evangélico de esperanza y de transformación.

Con la llegada del Papa León XIV, siento una renovada esperanza. Su lucha por una Iglesia sinodal, horizontal y cercana a los pobres de América Latina abre nuevas puertas para que los ideales de justicia y paz se hagan realidad. Junto a otros, sigo trabajando para que la Iglesia de los pobres renazca y siga siendo una voz valiente en medio de las dificultades.

Vivimos en un mundo donde el mal ha comprado la justicia. Es una verdad que se siente en cada rincón, porque quienes se enriquecen con el narcotráfico, la violencia y el despojo, son los mismos que se presentan como santos. Dominan el poder económico, político y militar, además de controlar los medios de comunicación. Lo más doloroso es que muchos pobres, atrapados en su realidad, los defienden, votan por ellos y evitan que sean juzgados. Es una paradoja amarga.



Créditos: [union y justicia.com](http://union y justicia.com)

Para Jesús, la cruz no fue derrota, sino camino a la victoria y a la resurrección. Así luchamos nosotros: con alegría y esperanza por la resurrección de nuestro pueblo. Mi defensa es la justicia, la vida humana. No es un juego de bandos donde uno es enemigo del otro. En el conflicto entre ricos y pobres, defiendo a todos, porque unos pecan al convertir el dinero en dios, y los otros sufren las consecuencias. Pero no mato al enemigo; mato la idea de una humanidad dividida, porque todos somos hijos de Dios.



Jesús enseñó a amar incluso al enemigo. Amaba a los fariseos y doctores de la ley, los denunciaba y corregía, y por eso fue perseguido y asesinado. No era enemigo de ninguna casta, sino amigo de toda la humanidad. Nosotros también amamos a todos, pero ese amor es como la medicina: hay que dar el remedio adecuado según la enfermedad. Así es nuestro amor liberador, que busca sanar el pecado, la violencia y la injusticia, defendiendo siempre la vida. Este amor no siempre fue fácil dentro de la Iglesia. Desde el principio, quienes se dejan comprar por el poder han intentado silenciar a quienes denunciábamos injusticias. Nunca me moví por dinero, sino por amor.



Créditos: pinteres

Trabajar en Jardines de Paz fue una experiencia contradictoria: mandado a un lugar que algunos veían como castigo, convertí cada domingo en una gran romería de gente que buscaba entender la fe en la resurrección, un mensaje que muchos sacerdotes no predicaban. En algunas parroquias, la gente tiene miedo de que, si se forma, deja de dar dinero. Eso es una mala interpretación del Evangelio que genera conflictos, pero la verdad no se puede callar.

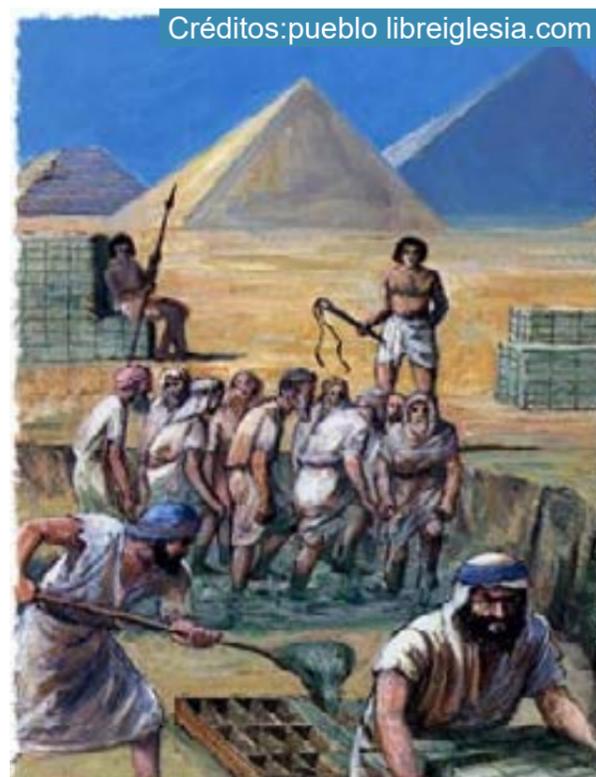
También pasé cinco años en la Cárcel Modelo, allí celebré sacramentos, denuncié injusticias, tenencia de armas, comercio de drogas y prostitución dentro de la prisión. Fue un trabajo peligroso, pero transformador. Logramos la libertad de más de 670 presos injustamente retenidos por no tener dinero para un abogado. Además, pacificamos la cárcel: paramilitares y guerrilleros pidieron perdón, reconciliándose en una Navidad especial con sus familias. Fue un milagro de humanidad en medio de la violencia.

Los Redentoristas son una congregación dedicada a los pobres, campesinos y ciudades, con una vida de pobreza, castidad y obediencia, al estilo de Jesuitas o Franciscanos. Muchos de ellos, como el padre Ignacio Galindo, fueron perseguidos por defender la justicia en zonas de conflicto.

La Iglesia, según el Concilio Vaticano II, es el cuerpo de Cristo, llamada no solo a salvar en la eternidad, sino a liberar al pueblo aquí y ahora, con justicia y dignidad. Todos somos salvadores, porque todos somos hijos del Rey. Por eso, rechazo la idea de dividirnos en clases sociales; somos una sola familia. Jesús no fue clasista; tuvo en su grupo a ricos y pobres. La riqueza no es mala en sí, lo es el uso que se le da.

También he visto pobres con corazones egoístas, igual que burgueses santos y comprometidos con la justicia. Todos somos humanos y víctimas del mal, que a menudo nos lleva a actuar contra nuestros hermanos por dinero o poder. Desde joven, mi compromiso fue defender a los más vulnerables: mujeres, niños, maltratados. Recuerdo cuando recién ordenado enfrenté a tres policías que golpeaban a un chofer, aunque pequeño y débil, logré detenerlos y que la gente reaccionara. Eso debe hacer todo ser humano: defender la dignidad, porque lo que se hace a uno se hace a Dios.

Incluso al enemigo, si lo veo torturado, lo defendiendo. No soporto la injusticia. Sé que al final solo nos preguntarán qué hicimos por aliviar el sufrimiento, no cuántas oraciones hicimos o milagros. Por eso siempre he trabajado por crear comunidad, formar raíces. Hoy, muchas personas no solo asisten a misa, sino que se comprometen con grupos y movimientos que buscan santidad y transformación social. Creo en la bondad de la gente. Lo que falta es conocimiento y valentía para vencer el miedo que a menudo lleva a buscar placer, poder o riqueza. Pero nadie es realmente malo. Juzgar condenando es perder la dignidad del otro. Incluso a los criminales los amo, oro por su conversión y les hablo con claridad. Son víctimas del mal que los domina. Ayudarlos a cambiar es un acto de amor.



Créditos:pueblo libreiglesia.com

He conocido personas increíbles, como la viuda que perdonó a los asesinos de sus hijos y los transformó con amor. Esa es la Colombia verdadera: gente sacrificada, noble, llena de santos anónimos que entregaron su vida por el país. En los años 60 y 70 conocí de cerca al Ejército y sus secretos oscuros. Espero el día en que se haga justicia y se conozca toda la verdad sobre los desaparecidos y falsos positivos.

No me conmueven los superhéroes, sino la gente sencilla y valiente: sacerdotes como Fernando López y tantos otros que fueron asesinados defendiendo a los demás. Esa es la verdadera grandeza de Colombia, un país que, pese a sus sombras, es hermoso, diverso y lleno de amor. He dormido en casas campesinas, he pescado, trabajado y jugado con ellos. Por eso digo que, aunque mis hermanos se fueron, yo nunca dejaré esta tierra; este es mi paraíso.

He tenido la fortuna de convivir con gente maravillosa en toda Colombia, con culturas diversas pero llenas de amor. He dormido, comido, trabajado y jugado con ellos. Aunque muchos se han ido del país, yo sé que nunca me iré a vivir fuera. Este es mi paraíso.

La Virgen ha dicho que Colombia será la luz que guiará a América Latina y al mundo. Ya está empezando a ser así, aunque algunos medios solo muestran mentiras, presentando como santos a opresores y narcos. La verdadera Colombia, la que sufre, es bella, amorosa y sacrificada. Me siento orgulloso de ser colombiano.

Cada día es más feliz que el anterior. Mientras más viejo, más feliz soy. Enseñar a otros a ser felices y verlos transformarse me llena de alegría. Cuando la gente descubre la fe y entiende que el ser humano es maravilloso, ocurren milagros verdaderos. Creo en el milagro de todo, porque cuando la gente entiende su dignidad, todo es posible.

No debería estar triste por el despojo que ha sufrido Colombia, pero no lo estoy porque no pertenezco al mundo de la tristeza. Creo que es pecado estar triste. La muerte me alegra porque sé que pasamos a otro plano y somos como Dios. La tristeza es humana, pero volverse triste es esclavizarse y no tiene sentido. Todos los días veo milagros y escucho historias lindas que me gozan. Muchos comprenden la felicidad como algo transitorio, difícil de apropiarse en nuestra vida. Lo curioso de ella es que no huye: aun ante el más mínimo rincón de luz y agradecimiento, surge de forma arrasadora en nuestros corazones. Por eso me considero afortunado de entender que la felicidad no es un destino, sino la vida misma y que mi vida, en esencia, es felicidad.



## Esperanza detrás de su escudo

Bogotá no despertó ese día. Se sacudió, la ciudad seguía inmersa en el caos de la zona conocida como El Bronx, un sector adyacente a la Plaza de Los Mártires y muy cerca al Centro Histórico, donde la palabra esperanza no tenía sentido.

Por: Ángela Manuela Céspedes Bernal. 4.º semestre

Allí era frecuente ver a trabajadores de la zona, y a niños escuálidos en las zorras que veían a sus padres consumir. Algunos de los delincuentes que frecuentaban este lugar nunca se imaginarían lo que pasaría esa mañana. A su vez Eliana Esperanza Bernal se preparaba para uno de los momentos más impactantes de su vida como Policía: la toma de El Bronx en Bogotá.

La llamada llegó al amanecer. Siete secciones del Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) estaban en posición. Era la orden final, la retoma de El Bronx. Algunos la calificaban como la olla más grande de Colombia, otros apenas se atrevían a nombrarla, pero todos sabían lo que significaba. Al frente del escuadrón estaba Eliana, siempre adelante, siempre dirigiendo, sin demostrar debilidad ni miedo. Es difícil mostrar algo diferente cuando se es una de las pocas mujeres pertenecientes al ESMAD, un grupo que es imaginado como fuerza de hombre, Y allí estaba ella frente a 500 hombres, esa es Eliana. Luego de unos minutos por fin dieron la orden:

*“Nos encontrábamos allí, listos, apostados en los alrededores del sector conocido como La L, invadido por habitantes de calle... y dominado por los Sayayines que mandaban ahí”* recuerda Eliana. Desde su escudo antimotines, la uniformada sentía el peso de algo más que su equipo. Sabía que era la recuperación de un territorio donde la ley no existía, Allí era como si el mal tuviera forma, cuerpo, mirada. Como si estuviera concentrado en los restos de las bichas tiradas en el piso y en las casas a punto de caerse.

Créditos:Semana.com



El operativo no era uno más pues involucraba a unidades de la SIJIN y de la DIJIN, así como a Siete secciones del ESMAD, los que ponen el cuerpo. Las botas resonaban sobre el concreto mientras la caravana policial se abría paso por las arterias olvidadas de la ciudad.

Pasaban frente a locales tapiados, esquinas calcinadas, ventanas selladas por la desconfianza. A medida que se acercaban a El Bronx, la tensión era palpable. Las calles comenzaban a cerrarse sobre sí mismas, como un animal acorralado. Cada paso estaba acompañado por miradas ocultas tras trapos, cartones, techos improvisados. Nadie hablaba. Nadie huía. Solo observaban. Como si supieran lo que iba a pasar o como si ya lo hubieran vivido muchas veces.

La L era un universo paralelo dentro de Bogotá. Allí solo regía la palabra de Los Sayayines, grupo que gobernaba entre pasadizos, cambuches, sótanos y túneles que nadie había cartografiado. Era su territorio de miseria, vicio y muerte. “Nos tocaba contener todo lo que pudiera desencadenarse. Piedras, palos, botellas... y lo peor, bolsas llenas de excremento y orina. Las lanzaban, las reventaban contra el suelo. El olor, era lo más difícil, y ver cómo alguien puede perder todo respeto por otro ser humano”, relata Eliana.

Cuando por fin terminó la jornada, ya no quedaba adrenalina. Solo un vacío frío que se extendía hasta los huesos. Eliana llegó a su casa, se quitó el uniforme con las manos temblorosas, y no pudo dormir. Cerraba los ojos y ahí estaban los callejones, el hedor, las voces. Sin duda este fue uno de los momentos más difíciles de su carrera, sin contar los días en que tuvo que recoger cuerpos sin nombre; sin contar las noches en las que se dormía rezando para no recibir amenazas; sin contar las veces que tuvo que consolar a un compañero que no volvió a ver a su familia, ni a su casa, ni a la vida como la conocía. La infancia de Eliana fue sencilla, como tantas otras: juegos en la calle, tareas con sus hermanos, abrazos de una madre protectora y la figura de un padre con uniforme a veces lejano, pero siempre presente, la figura más inspiradora para ella. El sueño de su niña interior era ser cantante, pero al crecer en un ambiente militar, fue la vida que tomó. Sabe que la vida la puso ahí, y hoy considera que su papel en la sociedad y su misión en la vida siempre fue ayudar a los demás.



Créditos:confianza.com

Eliana Esperanza Bernal aprendió a convivir con esas marcas. Tiene 48 años. Cuatro hijos. Más de 25 años de servicio en la Policía Nacional. Su historia comenzó con la imagen de su padre saliendo cada día a patrullar las calles. Un hombre firme, fuerte, que nunca hablaba de lo que veía, pero que regresaba con la mirada distinta. Fue ese ejemplo, esa figura que se iba en las mañanas sin saber si volvería, el que la motivó a seguir el mismo camino. Y lo siguió, a pesar del miedo, del machismo, de tener que abrirse paso en una institución donde las mujeres eran minoría, y donde la fuerza muchas veces se medía por quién aguantaba más dolor sin quejarse

Pero la historia de Eliana no estuvo solo en las avenidas de la capital. Su destino y la situación del país la llevaron más lejos porque, en Colombia, ser policía dejó de significar cuidar metrópolis, dirigir el tránsito o custodiar eventos o calles. En Colombia, ser policía significa empacar una mochila, dejar a los hijos y marchar hacia zonas rojas donde la ley nunca había llegado. Fue así como terminó en Vista Hermosa, Meta, un territorio olvidado donde las FARC habían sido autoridad por décadas.

La Policía Nacional, concebida en su génesis para proteger a los ciudadanos en centros urbanos, había sido desplazada a la guerra, desnaturalizada, convertida en un brazo más de la lucha armada. Allí, en Vista Hermosa, la historia de Eliana daría otro giro, más profundo, más complejo. Luego de El Bronx pensaría que nada la sorprendería, pero el país y la vida le tenían otra ironía preparada.





Créditos: Multiuniversos

“Yo fui destinada al espacio territorial de Vista Hermosa, Meta. Allí estuve en el proceso de paz cuando estas personas entregaron las armas. Fue una situación bastante compleja”, recuerda con la voz baja, como quien sabe que no hay forma de contar del todo lo vivido. Ahora debía cuidar a exguerrilleros. Excombatientes que, en otro momento, habrían disparado sin pestañear contra su escudo.

Mientras el país se partía en dos frente al Sí y al No del Plebiscito por la paz en 2016, en las urnas se debatía un acuerdo de Paz con las FARC. Juan Manuel Santos era el presidente, y su mayor apuesta política, la más arriesgada, firmar la paz con las FARC, la guerrilla más antigua de América Latina. Tras años de negociaciones en La Habana, se selló el Acuerdo de Paz, un documento de casi 300 páginas que prometía desarmar la guerra para armar la reconciliación. En los salones diplomáticos, el reto real empezaba en las regiones, y en los territorios donde los fusiles apenas comenzaban a callar, como el Meta.

A su llegada, las miradas no daban la bienvenida. La comunidad, atada por años a la ley de las FARC, no confiaba. No les vendían comida a los policías, ni agua, ni una hamburguesa. “Estaba prohibido por la guerrilla”, le dijeron. Así era la regla no escrita que mandaba en ese rincón del país.

Eliana y su equipo sabían que no bastaba con portar el uniforme. La autoridad debía ganarse paso a paso, no con armas sino con gestos, con respeto, con tiempo: “Recuerdo que llegamos a una población que se llamaba Pitalito y decidimos hacer un sancocho comunitario, algo sencillo, para acercarnos, pero la comunidad no asistió, nadie se acercó al salón comunal, nadie respondió a la invitación. Entonces lo que hicimos fue coger la comida, empacarla, y fuimos casa por casa repartiéndosela a las personas. Mucha gente no nos abría, otros sí recibían, pero no querían hablar”, rememora Eliana.

El hielo empezó a derretirse cuando fueron acompañados por un líder inesperado. “Fuimos acompañados por el presidente de la Junta de Acción Comunal, un excombatiente, una persona que ya estaba en el proceso de reintegración. Él nos acompañaba a las casas, y ahí la gente comenzó a hablar con nosotros”. Fue el comienzo de un trabajo silencioso, casi invisible, pero esencial: “Comenzamos a hacer actividades con los niños: pintábamos caritas, hacíamos juegos, repartíamos comida, hacíamos actividades con la comunidad, les enseñábamos a cuidar el agua, a recoger la basura, hicimos parques, fue una experiencia muy bonita”.

Pero no todo era alegría. Las cicatrices estaban frescas. “Muchas personas nos contaban lo que vivieron con la guerrilla: que habían matado al papá, que la mamá se había ido con ellos, que se los habían llevado”. Fueron dos meses intensos cargados de historias, de pequeños gestos de reconciliación. Eliana se convirtió en testigo silenciosa de una Colombia que intentaba sanarse. Ayudaron a muchas familias a reconstruir sus vidas, y también acompañaron a mujeres farianas en su proceso de reinserción social. Algunas de ellas llegaban con miedo, otras con rabia, y muchas sin saber quiénes eran sin un fusil colgado del hombro. Eliana no olvidará esas palabras y esos silencios.

De todas las historias que escuchó, hubo una que se le quedó tatuada en el alma. La de un niño al que le mataron los papás en la finca: lo dejaron solo con un burro, con una gallina y con un palo de mandarinas, y con eso vivía. Salía a vender lo que podía, sin hablar bien, gritando con su vocecita que aún no acababa de madurar. Esa imagen se le quedó grabada. Eliana supo después que alguien había tomado esa historia real y le había hecho una canción, un joropo, que incluso estaba en YouTube.



Créditos: No a la guerra.com



No era la única historia: un señor del pueblo le contó que la guerrilla, para quedarse con las fincas y sembrar el miedo, decapitaba a los dueños y empalaba sus cabezas en unos palos, justo al frente de sus casas. Era una manera de marcar territorio, de advertirles a los demás que allí mandaban ellos. Al cabo de ese tiempo regresó a casa

Las disidencias de las FARC y el ELN se disputan el control del territorio, como si el acuerdo de paz de 2016 hubiera sido un susurro que el viento se llevó.

Hoy, casi una década después, la historia parece repetirse. Colombia no ha aprendido a vivir sin guerra. Mientras unas balas se silenciaron, otras se encendieron en nuevos frentes. Las armas siguen en pie, los grupos armados se multiplican con otros nombres, y la violencia muda, se disfraza, se desplaza.

Comunidades enteras están atrapadas entre grupos armados, los niños dejaron de ir a la escuela y los líderes sociales no alcanzan a despedirse antes de desaparecer. Hay zonas donde la paz es una palabra escrita en papel, y donde los acuerdos firmados se sienten lejanos. El país parece caminar en círculos, tropezando con los mismos fantasmas.

Eliana ya no lleva el uniforme. Después de una larga vida en servicio, colgó las botas y entregó el arma, pero su corazón aún late con los recuerdos de cada misión. Ya no patrulla las calles ni se interna en territorios de guerra, pero lleva consigo las historias, los rostros, las lágrimas y también las pequeñas victorias que marcaron su carrera.

Hoy, recuerda estas historias como aprendizajes, le gusta contárselas a sus hijos, o recordarlas en reuniones familiares desde la tranquilidad de su hogar, porque sigue siendo guardiana de una memoria que Colombia no puede permitirse olvidar.



# Mr. Parkinson, una vida entre el temblor y la risa

Élmer Sepúlveda, conocido como Mr. Parkinson, enfrentó el diagnóstico con su humor auténtico. Su historia, contada desde su voz y la de su pareja, ha sido una enseñanza sobre cómo un chiste es símbolo de amor y de resistencia.

Por: Valentina Calvo Páez- 4.º semestre

“**E**ste hombre viene de la ciudad de Bogotá, ustedes ya conocen su historia, lo conocemos como Mr. Parkinson. Aquí está Élmer Sepúlveda: ¡el aplauso fuerte para él...!”, anuncia El Gato, presentador de Sábados Felices, mientras una ovación se mezcla con la risa que apenas comienza.

Él entra al escenario, firme y seguro, con esa pizca de nervios que irradia por su cuerpo. Su gran entrada al show, que con poder sobresale en sus presentaciones, inicia los momentos donde su público lo escucha y ríe junto a él, dejándolo todo atrás, encendiendo la llama que no deja que se esfume ni con el silencio. La mente afilada y el corazón lleno de historias, que, con valentía, decidió convertir en risas.

“Buenas noches, mi nombre es Élmer Sepúlveda, y en la vida real tengo Parkinson, no es un chiste, es verdad, pero lo que hago es burlarme, porque es la forma en que puedo superarlo”. Estas palabras quedan sumergidas en la realidad y fantasía que día tras día permanecen al interior de aquellos a quienes marca con su voz y sonrisa singulares.



## Cuando todo tembló

A sus 13 años comenzó a experimentar síntomas: “Mi salud empezó a deteriorarse”. Élmer cuenta cómo fue el inicio que desataría todo.

Aunque perdió el equilibrio, agudizó su optimismo por vivir cada día como si fuera el último, pues su dificultad para hablar, su voz apagada e interrumpida por el viento y el grito sumido en la eternidad le impedían comunicarse con su familia, hasta que a los 16, sus dificultades motoras llegaron al punto de quiebre y él, abrazado a Dios, tuvo que atravesar hasta sus 26 años sin poder caminar: no podía moverse ni hablar.

La fortaleza que lo define desde el primer momento perdura en su vida, aun cuando ni siquiera sabía la razón por lo que estaba viviendo, como sucede con la incertidumbre cuando se atraviesa una puerta y aparece la oscuridad del abismo en un cuarto vacío.

La situación que en un comienzo se asumió como pasajera, resultó ser Parkinson juvenil, que generalmente afecta a mayores de 50. Esta enfermedad, como él lo dice: “Es la ausencia de dopamina en las neuronas, el transmisor que lleva la información al cerebro para mover la mano”. Desde entonces lo ha sobrellevado hasta hoy, a sus 43 años. A pesar de las adversidades, encontró consuelo en la lectura. En su mesita de noche guardaba los confidentes que lo acompañaron en este amplio y arduo camino. Sin poder caminar, acostado en su cama, sus fieles libros lo guiaron ese tiempo y lo ayudaron a comprender la belleza de su existencia. Una Biblia y un diccionario de inglés reforzaron su mente mientras su cuerpo luchaba.



## Inquieto Cómico al escenario

El apoyo de su familia ha estado siempre, sentirse respaldado sin importar la situación nunca le ha faltado: “A pesar de que no podía caminar, hablar o hacer varias cosas, la familia siempre me apoyó. Yo les decía: algún día voy a recompensarlos”, palabras que persisten a diario en la memoria de Élmer Sepúlveda.

Cuando trabajó en una empresa de taladros, después de su diagnóstico, sus compañeros le dieron ese impulso que anhelaba, cuando no imaginaba lo que sucedería. Ellos veían su chispa, le sembraron confianza y seguridad. Como motivación le pedían que los hiciera reír a la hora del almuerzo: “Venga, cuéntenos un chiste”, y así nació esa posible visión de empezar de otra manera, de ver la vida con otra perspectiva inspiradora.

Se arriesgó, como cuando se dice que oportunidades hay pocas, y se presentó con miedo, pero con toda la actitud y suficiente amor para lo que lo esperaban: los castings de Sábados Felices. Dice que el humor siempre ha estado en él, y que son como uno solo, la unión perfecta para vivir la vida con plenitud: “Lo heredé de mi papá”. Esa alegría, que ha caracterizado siempre a la familia y habita en cada rincón del hogar, sin duda corre por sus venas, por cada tejido que le recorre el cuerpo y por cada músculo que protege su mente brillante.

En sus inicios no consideraba más que los chistes. Su inspiración surgió luego de contarle su proyecto al también humorista Hasam, quien se convertiría en un gran amigo y colega, que se fijó en Élmer Sepúlveda, y que, sin cuestionarlo, lo lanzó a la idea de reírse de su condición.



Entonces surgió el gran Mr. Parkinson, tan extraordinario y auténtico como su nombre. Su primera aparición en televisión fue en el 2011 en el programa Sábados Felices. Allí comprendió que en un chiste se puede arrinconar la tristeza y revelar la potencia que una sonrisa genera al interior y exterior de cada persona; esto es, entonces, a lo que se ha dedicado con tanto amor y pasión desde entonces. Con el pasar del tiempo su felicidad contagia a miles de personas, sana heridas, cubre grietas y repara almas rotas y corazones quebrados.

No obstante, su proyecto no solo alivia a quienes lo escuchan, para él también es una terapia burlarse de sí mismo para superar la enfermedad. Su idea inspiró a muchos, por eso creó una comunidad en quienes generó confianza e iniciativa para convertirse en humoristas; estos replican la mirada del humor con base en discapacidades, enfermedades y otras condiciones

### En el temblor también hay amor

En los inicios de su vida frente a las cámaras, conoció a Esmeralda Páez, su pareja desde hace casi 14 años, quien lo describe como alguien que *“siempre ve lo positivo, incluso en lo más difícil”*.

En el amor no hay reglas, cuando el cariño se comparte entre dos personas no hay nada que lo rompa, tan sólido como el lazo que los une en el camino de la vida, resistente ante cualquier dificultad, firme e irrompible como una roca. Juntos son fuertes, comparten amor puro y real, se complementan como el mar y el sol.

él es como el océano, en constante inquietud, olas que van y vienen, el agua moviéndose sin parar; ella es la luz cálida que ilumina caminos, altera corazones, abraza la calma y despierta sueños e ilusiones.

Esmeralda Páez ha tenido claro la enfermedad de Élmer Sepúlveda: *“Sí, cuando empezamos a hablar él me contó, ya sabía”*, pero esto no fue impedimento para que ella se diera la oportunidad de conocerlo, al contrario, le llamó más su atención. En ese momento ya sabía que él hacía ese tipo de humor. Lo admiraba por cómo era, por cómo es: *“Es una buena manera que él utilizó en momentos en los que no eran comunes estos chistes”*, y que en su cotidianidad son ilimitados por la gracia y originalidad que lo distingue.

*“Así como lo ven en televisión es todo el tiempo en la casa. A todo le saca chiste, por más que estemos en un momento serio, tiene el apunte”*. Esmeralda Páez resalta cómo es vivir el día a día, la magia que los enlaza con la realidad y las situaciones que son el despertar en un hogar donde habita y prevalece el gozo cotidiano para ella y para todos quienes lo conocen, que saben que es una persona especial, con una esencia que brilla y que genera sonrisas espontáneamente.

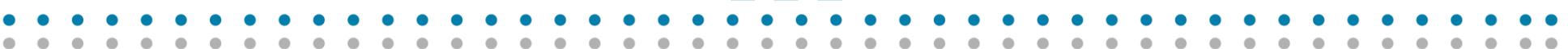
### El humor como enseñanza

Para Élmer Sepúlveda, Mr. Parkinson no es solo un personaje: no lleva una máscara, ni un disfraz, cuenta sus experiencias por medio de pequeños relatos cómicos, en forma de resistencia, de transformación y, sobre todo, de acompañamiento. Con paciencia, carisma y pudor, logró el sueño que tenía presente desde que inició su trayectoria en Sábados Felices y que anhelaba con entusiasmo: con esfuerzos y determinación alcanzó 4 finales.

Cada vez que pisaba el escenario lo entregaba todo, y la conexión que generaba con el público era tan especial que las personas aprendían de lo que decía, lo que mostraba: *“Me enseñó que vale la pena seguir con la vida, sea la condición que sea. Siempre hay algo por lo cual levantarse con ganas de vivir”*, recuerda que le dijo alguien un día al finalizar un espectáculo.

Se acerca a las personas y transmite un mensaje conmovedor y reflexivo que, quienes prestan atención, entienden que lo que expresa son saberes de la vida para dar el primer paso, para quitarse un peso de encima, como desatarse los zapatos apretados y tirarse a la cama, tras un día intenso. *“Si la vida les da desafíos, apréndanlos a manejar, aprueben vivir con el reto, conviertan lo negativo en su aliado. Lo mejor es hacerse amigo del Parkinson o de lo que sea. Enfrentense ante los obstáculos que se presenten y vivan con una sonrisa pura y magnífica”*, concluye.

Tras años de luchar y no rendirse, en 2023 se convirtió en el ganador. Su festejo llenó los corazones de muchos colombianos, enorgulleció a su familia y amigos, pero sobre todo cumplió su deseo de ser reconocido por su historia y dejarla en la memoria, Mr. Parkinson es símbolo de perseverancia y grandeza, que, con cada paso tembloroso, no solo avanza, porque sacude conciencias, restaura miradas y demuestra que el humor es la cura del alma.



## Un hombre, un camión y un sueño

Gustavo Ardila, quien desde joven escuchó que el dinero lo llamaba, siempre tuvo carisma por el trabajo. Nació el 10 de febrero de 1976 y creció en Suaita, Santander. Decidió dejar su pueblo campesino en busca de mejores oportunidades y llegó al municipio de La Calera, cerca de Bogotá, donde su familia lo esperaba con los brazos abiertos.

Por: María José Cañadulce Olarte. 4.º semestre

**G**ustavo Ardila empezó a los 18 años como conductor. Luego trabajó en Coca-Cola, Postobón y en una empresa de gas. Con 39 años tenía una finca que cuidaba con dedicación, un camión para transportar productos y una pasión por los caballos de paso fino. Su vida era estable; era el tercero de cuatro hermanos, el consentido de su madre y muy unido a su familia.

Además, era padre de una hija, a quien siempre quiso darle lo mejor. Sin embargo, la tranquilidad de su vida empezó a desmoronarse cuando surgieron problemas en su hogar. Su esposa ya no lo sentía como antes, y su hija, una niña que buscaba arreglar algo que ella no había roto, se tornó complicada. En lugar de enfrentar la situación, Gustavo Ardila se refugió en el alcohol y empezó a frecuentar tiendas de esquina y cantinas con canciones que lo llenaban de nostalgia. Sin alegría, su salud física y mental se deterioró, y el amor por su trabajo desapareció; ya no encontraba el cariño que antes le tenía a las cosas. Las deudas comenzaron a acumularse y su situación se volvió insostenible.

Créditos:unsplash



Además, era padre de una hija, a quien siempre quiso darle lo mejor. Sin embargo, la tranquilidad de su vida empezó a desmoronarse cuando surgieron problemas en su hogar.

Su esposa ya no lo sentía como antes, y su hija, una niña que buscaba arreglar algo que ella no había roto, se tornó complicada. En lugar de enfrentar la situación, Gustavo Ardila se refugió en el alcohol y empezó a frecuentar tiendas de esquina y cantinas con canciones que lo llenaban de nostalgia. Sin alegría, su salud física y mental se deterioró, y el amor por su trabajo desapareció; ya no encontraba el cariño que antes le tenía a las cosas. Las deudas comenzaron a acumularse y su situación se volvió insostenible.

Su familia, preocupada por lo que estaba ocurriendo, comenzó a temer lo peor. Su madre, desesperada al pensar que su hijo, su tesoro, estaba tomando un camino equivocado, compartía estas inquietudes con su hermana Claudia, una de las más cercanas. Un día, al verlo, Claudia se quedó sin palabras. A pesar de su amor y cercanía, nadie logró comprender la magnitud del sufrimiento de Gustavo. Cuando le preguntaban cómo estaba, respondía que todo iba bien, que las cosas estaban mejorando. Gustavo nunca fue un hombre de muchas palabras, ni de expresar sus sentimientos. Claudia, angustiada por la situación de su hermano, decidió actuar. Lo llevó a vivir a Tenjo, un pueblo fuera de Bogotá, donde residía con su familia. Tenía la esperanza de que un cambio de ambiente le ayudaría a salir del profundo hoyo en el que se encontraba. Gustavo se sintió perdido durante mucho tiempo, como si hubiera ganado y perdido todo en el mismo instante. En medio de su caos, su hermana se convirtió en un sustento fundamental: fue su salvación, como él solía decir. A pesar de su apoyo, Gustavo sentía que su hogar estaba derrumbándose.

La relación con su hija se volvió distante; ella lo visitaba pocas veces, y él evitaba ir a donde estaban los recuerdos y memorias de su vida anterior en La Calera.

Cada rincón de ese lugar le recordaba los días felices que había perdido y prefería no enfrentarse a la realidad de lo que había sucedido. La nostalgia lo invadía y el dolor de saber que su familia estaba sufriendo por su situación le pesaba en el corazón. A pesar de la ayuda de su hermana, la sensación de vacío y desamparo persistía en su mente. Claudia le decía: *“Tavito, yo prefiero recurrir a un médico para que lo miren”*.

Su hermana lo veía derrumbado, sin ánimos, y en su cuerpo se notaba el desgaste y el abandono. La familia de Claudia la apoyaba, sabían que su hermano era importante para ella. El esposo de Claudia, Pedro, un ganadero, tenía un contacto y le buscó trabajo en la zona donde él había trabajado. Se trataba de un hombre llamado Santos Romero, conocido por tener varios negocios en el pueblo. Uno era de pieles de animales, allí se transportaban productos para el sector industrial de ropa. Pedro le dijo que tenía una persona trabajadora y honesta para el puesto, con experiencia en el manejo de camiones. Sin pensarlo, el señor Santos le dijo que para ya era tarde.

Créditos:Semana.com



Desde el momento que Gustavo recibió la llamada de Santos Romero, su nuevo patrón, como le diría, su esfuerzo diario sería una nueva sonrisa para esos momentos tan desgastadores que viviera.



Créditos:Semana.com



Gustavo empezó en la industria de recolección de cueros crudos. Aunque nunca había trabajado en ese campo, se aventuró a aprender. El salario que le ofrecía su patrón le generaba la estabilidad económica que necesitaba. A pesar de su falta de experiencia, aprendió con dedicación, y tras diez años trabajando como empleado, se convirtió en un ayudante valioso en el transporte del cuero. Durante ese tiempo, Gustavo se familiarizó con el proceso de recolección, y adquirió conocimientos sobre la compra y venta de materiales, así como sobre las materias necesarias en la industria del cuero.

Con el tiempo, la empresa en la que Gustavo trabajaba fue a liquidación y se acabó. Gustavo recordó lo vivido y lo bueno que podía generar esa industria. Decidió acercarse al propietario y le preguntó si le cedía el permiso para empezar de nuevo con todo lo que su exjefe había construido durante 35 años. El propietario aceptó, esta fue una oportunidad de seguir un nuevo camino. Con fe y fortaleza, Gustavo se lanzó a esa aventura sin pedir nada a cambio. Comenzó sin dinero su negocio. Solo contaba con la liquidación que había recibido por su tiempo en la empresa, pero sabía que eso no era suficiente, porque tenía muchos gastos que cubrir. Era fundamental tener al menos un camión propio para buscar oportunidades y contactos en la industria.

Con esfuerzo, préstamos y deudas, logró comprar el camión. Su primer paso sería comprar 100 pieles, un inicio modesto en comparación con lo que lograría con el tiempo. Hoy en día se enorgullece de comprar más de seis mil cueros mensuales. Jamás imaginó que este nuevo trabajo y esta nueva vida, apoyado por su hermana y establecido en un lugar que se había convertido en su hogar, lo llevarían a alcanzar un conocimiento pleno y a disfrutar de una vida renovada.

Cada lección aprendida se quedó grabada en su memoria, sin saber que un día esa experiencia le serviría. Claudia fue un apoyo incondicional en este proceso. Gustavo dice que, al principio, no tenía nada, pero gracias a su apoyo, puede afirmar que tiene todo lo que necesita. Su relación se fortaleció con el tiempo, están siempre ahí el uno para el otro, enfrentando las adversidades y celebrando los logros. La incondicionalidad de Claudia le dio a Gustavo la fuerza para seguir adelante y superar los obstáculos.

Aunque no pudo reconstruir su hogar, logró edificar un futuro y una nueva vida. Ha mejorado su relación con su hija y con su exesposa. No solo cuenta con su negocio de cueros, también abrió una papelería en Bogotá, incorporó el ganado lechero como una línea de negocios

. No descansa, se levanta todos los días a las cuatro de la mañana para viajar a otros pueblos en busca de nuevas oportunidades. Con su camión recorre los rincones que la vida le indica, acompañado por su Virgencita que lo cuida en cada viaje. Al mediodía suele almorzar en la casa de su hermana Claudia, Su familia y su hija son su mayor motivación, y cada día se esfuerza por ser un mejor hombre. Ahora, con orgullo, le llaman Patrón.



Créditos:Camino.com



# ¡Tamales! ¡Tamales! ¡Tamales! el grito de batalla de Diana

A las 3:15 de la madrugada, Diana Pérez está en pie. Ya tiene su rutina que se mueve al ritmo de los amores y sueños de toda una vida, que han quedado encapsulados en el eco de su voz en el barrio Villa Hermosa. Ha dedicado más de 10 años de su vida a trabajar.

Por: Karen Sofía Cadena Torres. 4.º semestre

**A** diario, sin falta, incluidos los domingos y festivos, se levanta antes que el barrio, afina sus ingredientes en privado con su esposo, cómplice de siempre y se alista para partir. La rutina constituye un ritual casi religioso.

Los lunes son para el descanso de Diana. Es el único día en que se puede permitir dormir un poco más, lavar la ropa con calma, fregar su cocina a fondo y tomarse un café sin mirar el reloj. Pero no es exactamente un día libre; mentalmente aún tiene que resolver pedidos y pensar en las cosas que hacen falta, en los errores para corregir. A veces los aprovecha para atender las solicitudes de sus clientes más frecuentes quienes anticipadamente le compran los tamales para el fin de semana.

La rutina vuelve a apretar los martes. Diana se va por la mañana muy temprano a la plaza. Camina libreta en mano hablando con los vendedores de confianza. Cotiza, compara calidades y calcula cuántos kilos de arroz necesita, así como también cuántos pollos completos, zanahorias, y hojas de plátano. Ese día su mirada se torna matemática, así como su olfato. *“Un buen tamal empieza en la plaza”*, dice mientras se asegura de que el pollo huele bien y que las arvejas son frescas.

Los miércoles Diana pone las hojas de plátano sobre la mesa del comedor: las limpia, las recorta y las remoja, porque si están demasiado rígidas, se romperán al doblar el tamal. Es un trabajo meticuloso que requiere paciencia. La cocina se convierte en un taller, en un escondite y en un puesto de mando.

Cuando el jueves llega, Diana empieza a preparar el pollo: cuenta cada presa y lo pone a cocinar. Aquí también incluye la masa para los tamales que con una pala enorme de madera empieza a revolver junto con las arvejas. Deja preparado todo ese día para continuar a la mañana siguiente.

Créditos:masienda



Los viernes la cocina explota de actividad. Es el día cuando se hacen los tamales. Diana y su esposo forman un dúo perfecto: una prepara los ingredientes mientras otro envuelve, ata y organiza. La enorme olla hierve durante horas, llenando la casa con esa fragancia que se ha convertido en parte de la esencia del vecindario. Una vez que los tamales están listos, los empaqueta en el carrito y cuenta cuántos tiene que llevar.

Los sábados y domingos se levanta a las 4:00 a.m. para sus rondas de venta, amarrar bien la olla para evitar el desastre en el camino, acomodar los tamales con cariño en la canasta y confirmar que el termo de tinto está tapado. Son las 5:30 de la mañana y sale con su carrito de ruedas de plástico y empieza su recorrido por las calles de Villa Hermosa, en Suba. ¿El objetivo final? Vaciar la canasta y volver a casa con el corazón lleno, lo cual ha logrado innumerables veces en un lapso de 4 a 6 horas.

Diana no grita para vender. Su presencia ya es una característica del vecindario. *“Ahí va la señora Diana”*, dicen los vecinos con una familiaridad que no requiere apellido. No hay carteles, y no hay publicidad. Solo voz a voz y una reputación construida durante cientos de madrugadas en el taller que es su cocina y en las promesas cumplidas.

Los niños de la escuela, los pasajeros esperando el autobús, las damas barriendo la acera y los taxistas que entran corriendo para un desayuno rápido la reconocen al instante. Ella los saluda por su nombre, pregunta por sus hijos y les aconseja no dejar la casa desatendida.

Diana no es solo una vendedora. Es madre de dos hijos a quienes crio sola. La hija mayor, Linda, es una señorita hecha y derecha que terminó sus estudios y ahora trabaja. El siguiente hijo, Kevin, es un muchacho que ya tiene su propia familia, al que Diana sacó adelante sola a punta de sus tamales. No solo se ha dedicado a los tamales, también ha vendido arepas, rellenas, empanadas; en otras palabras, es una mujer trabajadora, a quien no le importó ensuciarse las manos de comida para sacar a sus hijos adelante y que ahora decidió quedarse solo con los tamales.

Cada trozo de hoja de plátano, cada tamal atado con tensión contiene una historia tejida con las duras realidades de la vida, decisiones frenéticas y un coraje perdurable. Diana viene de un pueblo en Tolima llamado Venadillo. Su infancia estuvo llena de juegos inventados y escuela formal. La comodidad nunca fue una constante, sin embargo, el trabajo duro estuvo presente, gracias a una madre que así se lo inculcó desde temprana edad: *“Si uno no mueve un dedo, el mundo no lo va a mover por usted”*.

Créditos:Flickr



Con el paso de los años Diana conoció a un hombre que le demostró lo mucho que la amaba, atento, extrovertido, carismático y, sobre todo, seguro de sí mismo. A Diana no le interesaba y sus sentimientos eran aparentemente completamente opuestos a los de él: *“Estaba privada de sentimientos románticos hacia esta persona, que no era nada especial.”* Pero, a la tierna edad de 18 años ya esperaba su primer bebé, y su vida se dirigió en una dirección inesperada.

El embarazo no fue gratificante, era miedo y silencio, sólo eso. En un pueblo como Venadillo, las palabras vuelan y las miradas pesan. Relativamente, con el hombre la cosa no funcionó, no había amor, y tampoco un proyecto en común. Su madre fue, una vez más, la clave para todo. “Toca seguir”, era la consigna.

Después de algunos años Diana viajó a Bogotá, en busca de mejores oportunidades. Se estableció en Suba sin conocer a nadie, pero con un propósito claro: emprender la tarea que sacaría a su hija adelante. Trabajó primero en casas de familia, luego vendiendo empanadas por encargo y, luego, probando muchas recetas.

Estando en Bogotá Diana se topó con un hombre que a primera vista daba indicios de ser diferente: un buen trabajador doméstico, un gran cocinero y un verdadero emprendedor. Se dedicaba a la venta de tamales y fue ahí entre las ollas y hojas de plátano como Diana aprendió gran parte de las técnicas que hoy aún conserva. Sin embargo, ese hogar se fue tornando oscuro.

Sin nada para adornar sus palabras, Diana señala que el verdadero problema no era el trabajo, el problema era él. Fue una mujer que sufrió por años de una relación machista, ensordecedora, llena de expresiones irrespetuosas que pretendían destruirla emocionalmente, pues tenía que cumplir con las labores de la casa sin que fuera valorada como esposa, ni como compañera, ni tampoco como persona. “Era como si yo solo sirviera para pelar papas y callarme,” asegura, cargada de frustración y rabia.

Con el tiempo conoció a un hombre diferente que no la miraba con arrogancia o expectativa, sino con amabilidad y respeto. Se ocupaba de ella, la apoyaba, preguntaba cómo se sentía. Era un amor tranquilizador, sin urgencia, tierno por primera vez. Se enamoraron lentamente, y cuando sintieron que era el momento adecuado, ella se mudó con él y sus dos hijos.

Ese cambio fue el más impactante para su vida. En ese nuevo hogar Diana respiró tranquilamente, sin gritos, sin miedo, y sin alguien que controlara cómo debía comportarse. Decidió comenzar un nuevo ciclo... pero esta vez a su manera. Ya no era una ayudante en la cocina de otro, ahora era una empresaria con su propio puesto de tamales.

Comenzó con poco, pero lo que sobra en otros lados no hace falta aquí. Con su sazón, experiencia y fuerza, las cosas ya se habían solucionado. Pocas semanas después tenía sus primeros clientes. Gente del barrio, conocidos, e incluso trabajadores no dudaban en preferirla a ella porque su comida era de esas con sabor tolimense que ya no se consigue. *“He conseguido lo que tengo por mí misma. No dependo de nadie y estoy orgullosa de eso”*, dice con determinación. Diana no es solo la “señora de los tamales”, hoy es una mujer que supo reinventarse, liberarse y construir un negocio desde las cenizas de una relación tóxica.

En ese entonces sus hijos eran todavía muy pequeños. La mayor ya estaba en la secundaria y el otro recién comenzando primaria. Diana tenía que hacer malabares para cubrir la comida y los útiles escolares. Sabía que era mejor no esperar a que el negocio de los tamales despegara instantáneamente; por eso decidió comenzar con algo más fácil y rápido: un puesto callejero de arepas.

Durante algún tiempo, ese puesto fue su tabla de salvación. Con una parrilla y una hielera, se paraba en una esquina del barrio contiguo a Villa Hermosa, con su sonrisa desafiando la agotadora rutina. Vendía sus productos desde la madrugada hasta el mediodía. Luego corría a casa para preparar el almuerzo y verificar cómo estaban los niños. Era un desafío, pero cada pequeño esfuerzo ayudaba.

Créditos: [tamales tolimenses.com](http://tamales.tolimenses.com)

Luego, como tantas personas que intentan vivir fuera de lo convencional, un día, de repente, tuvo un encuentro con el equipo de desalojo del espacio público. Sin ninguna advertencia, desmantelaron su puesto. No hubo aviso, ni discusión. Simplemente se lo llevaron, como si no valiera la pena despertarse tan temprano, como si no tuviera dos bocas que alimentar.

Sin embargo, Diana no se quedó de brazos cruzados. Se las arregló para no rendirse. Volvió al lugar donde antes vendían tamales y comenzó a vender rellenas, chicharrón y papa. Su trabajo era más pesado, caro y grasiento, pero le dedicaba el empeño. *“Algo debería funcionar y un día algo debo lograr”*. Pensaba en una nueva receta cada semana.

Sus hijos crecieron. Su hija mayor salió del colegio, empezó a estudiar en la universidad y consiguió su propio trabajo. El menor le ayudaba a vender. Eran parcialmente independientes, pero eso no quiere decir que dejaran de preocuparse. Decidió enfocarse en que su negocio creciera más. *“A veces me salen muchos pedidos de tamales, eso me da felicidad”*, dice, ajustándose el delantal.

En la actualidad, los hijos de Diana son adultos. Ya cada uno formó su propia familia. De vez en cuando regresan y le ayudan a cargar el carrito y le preguntan: ¿cómo le fue? Y como siempre, ella les contesta con un: *“Aquí estamos, mijo, echándole ganas”*.



## Volver a casa

Eran las doce de la madrugada. Alejandra Ospina terminaba de cerrar el bar en el que trabajaba por Prado Alto, en Neiva. Tiene veinte años y es opita, como se les dice a los originarios del Huila, y eso es lo que se considera Alejandra, que nació en Garzón, un municipio de esta región.

Por: Daniel Esteban Gutiérrez Marín. 4.º semestre

Los oriundos del Huila suelen ser amables, calurosos, habladores. Entonces, no es raro pensar en Alejandra con estas cualidades. Le gusta ayudarles a las personas, por lo que disfrutaba de su trabajo como asesora en Colpensiones, y es muy buena en eso, en ayudar. Alguna vez llegó a su puesto una señora seria, algo decaída. Alejandra, con encanto, le habló y la hizo reír. La mujer le agradeció por alegrarle el día, y confesó que se encontraba en el proceso de reclamar la indemnización de su hija que había fallecido.

Esa medianoche, después de cerrar la reja del bar, sacó su celular para llamar a Juan, un amigo de su barrio que ofrecía servicio de moto taxi, y que usualmente estaba disponible para llevarla a su casa. Esa noche del seis de mayo, él le dijo que tenía dificultad y que no podría ir por ella. No era la primera vez que se veía en una situación similar. Por fortuna contaba con amistades que la podían ayudar. Pensó rápido, con naturalidad. Iría a pie hasta la casa de un amigo que, casi seguro, estaría dispuesto a llevarla. Guardó el celular, no consideró necesario contactarlo, además no quería tener el aparato en la mano por tanto tiempo, a fin de cuentas, estaba sola en la calle a altas horas de la noche, y nadie está exento de nada.

Comenzó a caminar por la acera izquierda. En medio de la tranquila oscuridad de la noche, y del silencio apabullante de las calles en la madrugada, Alejandra abrazaba su bolso, serena, confiada. Con regularidad sale en la madrugada y hasta entonces no le había pasado nada. A veces se le acercaban habitantes de calle a pedirle una ayuda, nada más. Pasaron unos minutos y tuvo que detenerse. habitantes de calle a pedirle una ayuda, nada más. Pasaron unos minutos y tuvo que detenerse. Eran las doce y catorce. Un taxi paró al lado de ella: un hombre moreno, con cachetes gordos y ojos gentiles conducía el vehículo.

La saludó y le preguntó para dónde iba. Ella le explicó que solo tenía diez mil pesos para pagar un viaje en taxi hasta su casa. Al hombre no le importaba, estaba dispuesto a llevarla por el dinero que tenía. Ella se negó, pero él insistió. Alejandra accedió y, entonces, él le hizo espacio en el asiento del copiloto a donde la invitó a sentarse. Con dudas hizo como él se lo indicó, aun cuando en el fondo sabía que debía subirse atrás.

Alejandra, siempre alerta, se hallaba en compañía de un hombre que se presentaba como un bacán, amable, que le hacía un favor, con el que habló con normalidad. Justo por la Calle Octava, cerca al Hospital Universitario, el hombre debía girar a la derecha para ir al norte, donde vive Alejandra. Por el contrario, giró a la izquierda. Ella lo notó y empezó a sospechar. Le hizo saber al taxista de su error y le preguntó a dónde iba. Él le explicó, con gentileza, que tenía que echarle gasolina al carro. Pero, cuando pasaron frente a la estación de servicio, no se detuvieron. Alejandra insistió en qué sucedía: *“Qué pena, no te había dicho, pero tengo que ir a entregar una plata”*, fue la respuesta del taxista.

Percatado de su nerviosismo, el hombre sacó su celular para enseñarle unas fotos: era él en uniforme camuflado, le dijo que era cabo del Ejército y que no tenía nada de qué preocuparse, y se presentó con el nombre de Mauricio Rojas, y le dijo que anotara su número y que lo podía llamar después si necesitaba un servicio, y ella guardó el número.



Créditos: volver a casa .com

Llevaba el bolso medio abierto y el celular en la mano. En ese momento, nada era seguro, desconfiaba cada vez más y se encontraba encerrada con un desconocido que la llevaba quién sabe a dónde. Le envió su ubicación por seguridad a Andrés, uno de sus amigos. Cerca al Cementerio Los Olivos, a las afueras de Neiva, sintió en su pierna la mano de Mauricio. Reaccionó apartándola con su mano. Ella lo miró, el rostro le cambió, la mirada del hombre se desfiguró, y en cuestión de segundos dejó de ser un hombre gentil para convertirse en una bestia hambrienta que no aceptaría un no por respuesta.

Ella apartaba su mano, y él volvía a ponerla en su muslo con el fin de subirla hasta su entrepierna. El pánico y la desesperación tomaban lugar en el cuerpo de Alejandra. Continuaba alejando la mano de Mauricio, al que nunca dejó llegar a su objetivo. Con lágrimas le imploraba que la dejara bajar del carro, y le aseguró que no le contaría nada a nadie, que solo quería bajarse.

Alejandra puso su otra mano en la puerta para abrirla, pero el tipo reaccionó diciéndole que ni se le ocurriera, pues le dijo que tenía un cuchillo y estaba dispuesto a matarla. Continuaban con el forcejeo, y Mauricio volteó hacia la parte trasera del carro, donde le aseguró tenía un cuchillo, y se estiró como si fuera a alcanzar algo. Alejandra no vio más opciones: solo pensaba en salir de ahí. Abrió la puerta del taxi en el momento que el vehículo aceleró su marcha. No pensó en nada, inclinó su cuerpo a la derecha y se dejó caer. Rodó por la calle y sus pertenencias se salieron del bolso para desperdigarse en todas direcciones. No tenía nada claro en la mente, solo pánico. Actuaba por puro reflejo, todo eran reacciones instintivas. Estaba en shock, solo pensaba en buscar su celular en el suelo. Lo recogió y llamó a Andrés, el contacto al que le enviara su ubicación minutos antes. Volteó a mirar el taxi que ya había continuado con su camino. Esperaba que el tipo se devolviera, que intentara atropellarla, pero no hizo nada de eso, simplemente se había ido.

Hizo un esfuerzo por ver la placa del taxi, pero no le fue posible. Luego corrió hacia dónde vio luz. Llegó al Cementerio Los Olivos, donde la acudió un celador que, impactado, le preguntó qué le había ocurrido, pues estaba completamente empapada en sangre, de lo que no era consciente, tanto que no tenía ningún dolor. Le explicó, agitada, que un taxista acababa de intentar violarla y le pidió que llamara a la Policía.

Acabó en urgencias donde le drenaron la sangre de la cabeza, y por fortuna no fue necesario suturarla. Como a las dos de la mañana el doctor le recomendó que fuera a casa, que intentara descansar y que volviera a las siete de la mañana para revisarla. Salíó de urgencias con el acompañamiento de la Seccional de Investigación Judicial (SIJIN) para revisar el lugar de los hechos y revisar las cámaras de seguridad del sector.

Esa madrugada llegó a la casa de Andrés, el contacto al que le había enviado la ubicación. Allí se aseó y se hizo curaciones. Pensó que era necesario publicar lo acontecido. Pero no haría una simple denuncia pública, contaría todo, que, con algo de suerte, serviría como una advertencia para todas las mujeres: debían tener cuidado con un violador en Neiva.



Créditos: la cronica del quindido

Después de la publicación comenzaron a llegarle montones de mensajes. Una de ellas tenía una foto íntima de su abusador. Ocho mujeres que habían pasado por esa situación con el mismo hombre le escribieron, pero tenían miedo de denunciar. Una de ellas le contó todo lo que tenía por decir y luego la bloqueó. También recibió la llamada de una madre destrozada, que le contó que ese mismo tipo había llevado a su hija menor de edad hasta la casa de él para violarla y robarle dinero. El caso es que, de esas ocho mujeres, solo había tres denuncias. Esto no cabía en la cabeza de Alejandra, para ella era necesario que todas hablaran.

Esa noche no pudo dormir, ni las siguientes. Las pasaba en vela, imaginándose tirada en la calle, desnuda, con aquel hombre en la escena. Fue para ella un tormento. Se tomó una semana de descanso del trabajo y comenzó a ir al psiquiatra para lidiar con el asunto.

No era algo que sacaría de su mente con facilidad. Era consciente de que no había ocurrido lo peor, y eso la carcomía aún más, un malestar que no le desearía a nadie. Sumado a eso, no le ayudaban los comentarios de redes sociales: la mayoría eran de apoyo, pero entre tantas opiniones divididas, había quienes le echaban la culpa y quienes la consideraban exagerada. También la contactaron conocidos del hombre, al que fue posible encontrar gracias al número que anotara Alejandra, que fue identificado como Tulio Montoya. Sus conocidos le escribieron a la muchacha para decirle que tuviera cuidado, que él era asesino, que conocía gente peligrosa, que la mamá era bruja, y una serie de intimidaciones, pero ella estaba decidida a continuar con la denuncia.

Durante los siguientes días consiguió asesoría judicial e hizo el proceso legal conforme se lo indicaron, sin dejar de ir al médico y al psiquiatra. Su caso acabó volviéndose viral, incluso el periódico La Nación la contactó para una entrevista donde ella ofreció el relato de los hechos. En ese periódico, el ocho de mayo se hizo una transmisión en vivo en donde entrevistaron a Tulio Montoya. Alejandra estuvo presente en ese directo. Tulio negó todo. Su versión de aquella noche fue que ella lo había parado para pedirle el favor de que la llevara por doce mil pesos, a lo que él accedió advirtiéndole que debía, primero, dirigirse al sur para pagar una mazorcada, ya que no había cenado. Cuando iban llegando al cementerio, donde iba a pagar la comida, Alejandra le pidió que se detuviera. Él así lo hizo y la muchacha se bajó del carro. Al bajarse, resbaló y cayó al suelo. Después del relato de Tulio, agregó una frase escalofriante, fría, enfermiza: *“Donde yo fuera un violador, como dicen las redes sociales, ella del carro no sale”*.



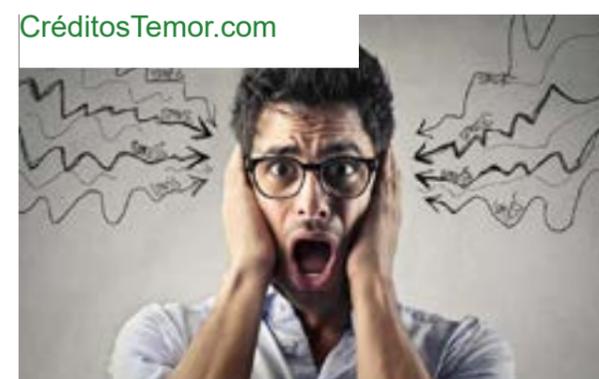
Créditos: asesoria.com

Pasada la semana de descanso, Alejandra volvió a trabajar. A los dos días de su regreso, en la madrugada, pidió un servicio por la aplicación de Didi. Todo transcurría con normalidad, hasta que el conductor le preguntó si ella era la que había salido en un artículo de La Nación. Ella lo negó, pero el conductor continuó hablando, le contó que era amigo de Tulio, y que ese tipo le había pedido varias veces el favor de que le llevara muchachas menores de edad a su casa. Alejandra estaba atónita: ¿para qué le contaba eso? ¿qué había ocurrido con esas chicas? Esa noche se bajó del carro cuatro cuadras abajo de su casa, pues no quería que ese sujeto supiera dónde vivía.



Créditos: Trabajo.com

Comenzó a experimentar temor, sentía que la tenían fichada, y tuvo que cambiar el lugar donde trabajaba, pues quería alejarse de todo eso por seguridad y salud mental. Aún le da escalofríos pensar en subirse a un taxi. De su cabeza no sale la pregunta: ¿Qué hubiera pasado si no me hubiera lanzado? Tiene claro que pudo librarse de un destino fatal, y de que quiere que el monstruo de Tulio Montoya pague por lo que ha hecho con ella y con las demás. Desea que las autoridades pertinentes hagan algo al respecto, pues de no ser por el ruido de los medios, probablemente no se habría movido su denuncia. Actualmente espera una respuesta, los videos de las cámaras que prueban que él la abordó a ella, justicia para todas las víctimas de Tulio, saber que todas las mujeres rompieron el silencio, librar la batalla que tiene su mente contra el horror de las sombras de la madrugada del seis de mayo, y espera a que todo sea como antes: volver a estar tranquila, volver a su casa.



Créditos: Temor.com



## Don Pablo

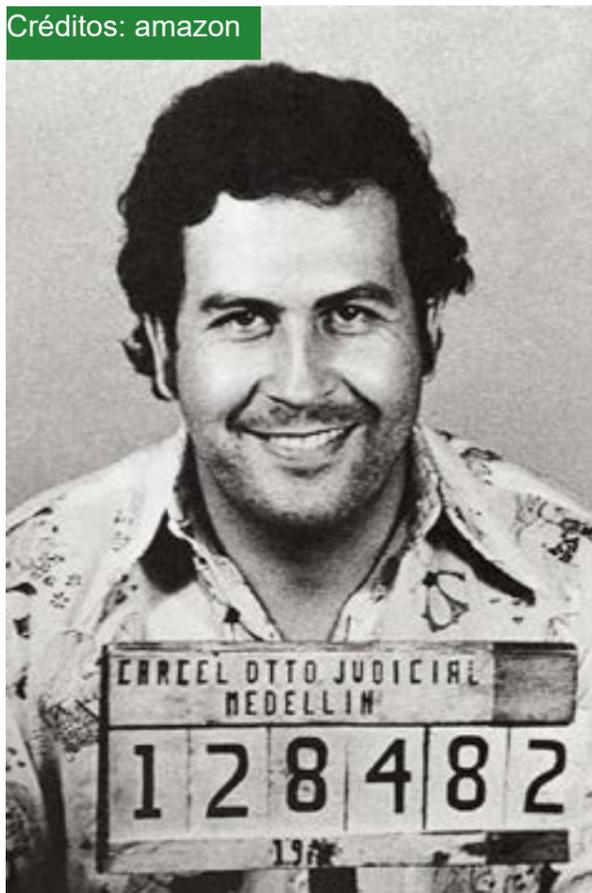
Era una madrugada fría. Lo único que se escuchaba era el canto de los grillos y el agua de la quebrada fluyendo.

Por: Carlos Santiago Pantoja Barbosa. 4.º semestre

Era la compañía de Pablo de 12 años, quien a las 3 de la mañana ordeñaba una de las 150 reses que le tocaba y, para rematar, debía entregar la leche a las 6. Se sentía cansado. Cuando iba a sacar uno de sus bocadillos veleños que siempre llevaba en el bolsillo, para su sorpresa, lo único que encontró fue un cigarrillo y un encendedor que dejara en ese pantalón el día anterior. Como no tenía ninguna opción, optó por fumarse el cigarro y siguió con su trabajo. Estaba emocionado. ¿La razón? Era 24 de diciembre: “me importó un culo el frío, yo iba a hacer lo mío para en la noche festejar”. Cuando acabó su labor y se disponía a cambiarse para limpiar las pesebreras de los caballos, a lo lejos vio a 3 hombres. No eran tan altos, pero los hacía gigantes las enormes armas que llevaban, que para Pablo significaban un universo diferente, uno al que, si no pisaba con cuidado, podía entrar.

Se puso una camiseta tipo polo verde claro, su clásico pantalón negro y las botas que nunca faltan en un buen campesino. Cuando salió escuchó que uno de esos hombres les decía a las señoras del aseo que necesitaba que el lugar quedara limpio para las dos de la tarde, porque a las tres vendría el Patrón: “que, si ve que una de sus fincas está así de cochina, ni el mismo Diablo lo para”. Tras esas palabras, Pablo no consiguió definir el inmenso mar de sentimientos que le producía ese aviso: estaba emocionado, feliz, pero también tenía miedo y asombro. No obstante, la emoción que sobresalía era un gran respeto por ese hombre. No sabía qué le pasaba, porque en su mente de niño no podía encontrar la emoción que definiera el ver a Pablo Emilio Escobar Gaviria en persona. Uno de los hombres lo sacó de ese trance y lo puso a trabajar.

Créditos: amazon



Ya en las pesebreras se encontró a uno de sus primos: “Quiubo Pablito, ve, ¿vos por qué llegás con esa sonrisa ome? ¿Le pegaste al peluche o qué?” Pablo emocionado le respondió: “Ya quisiera yo eso, marica, mirá que estaba escuchando a uno de los manes de negro que dijo que el Patrón pasa el 24 acá”. A su primo se le bajó la sonrisa, quien serio le dijo, “Ah gonorrea, qué chimba”. Pablo no le prestó atención a este comportamiento y continuó limpiando el establo. Recuerda que le gustaba mucho uno de cresta larga y sedosa, de color cafecito con leche que lo volvía más hermoso de lo que era. No podía montarlo, pero se imaginaba recorriendo todo el municipio de Caldas montado en el lomo de ese bello animal. Junto con sus primos terminó el aseo de la estancia.

Recuerda que estaban cansados, vieron la hora en su reloj: la una de la tarde. Doña Carmen los llamó para que fueran a almorzar. Durante el almuerzo Pablo se percató de que la actitud de su primo había cambiado luego de que le advirtiera sobre la llegada de El Patrón esa misma tarde: se veía nervioso, con ganas de salir corriendo. Luego de que todos acabaron, Pablo se dio cuenta de que su primo llamó a otro familiar para hablar en privado. Pablo con sigilo escuchó la conversación:

—¿Pero para qué ese marica va a venir acá? —respondió el otro primo.

—Ah, yo no sé huevón, eso me dijo Pablo, —respondió.

—No, hijueputa, toca andar callados y lejos de él, uno nunca sabe si el man ya se dio cuenta de esa vuelta.

Pablo quedó con más preguntas que respuestas. No sabía de lo que sus primos habían hablado, pero presentía que no era nada bueno.

Pablo había visto pocas veces al mentado Patrón, sin embargo, esa vez era diferente porque se trataba de la primera ocasión que pasaría un 24 de diciembre cerca de su presencia y el temor que infundía. Preparado como un soldado, Pablo esperó la llegada de Escobar. Los segundos, minutos, horas y la emoción incrementaban. A eso de las 3:00 de la tarde se escuchó el sonido de 3 camionetas, señal que le decía al joven Pablo que ya era el momento.

Del vehículo más grande bajó un hombre de estatura promedio, camisa blanca, pantalón beige, lentes de sol y un reloj de oro. Como los subordinados cuando están en presencia de su rey, los presentes agacharon la cabeza y con un “buenas tardes Patrón”, recibieron al hombre más buscado del mundo entonces, que entró a la hacienda y se sentó en un lujoso sofá.



Créditos:Semana.com



Luego de que le llevaran una cerveza, Pablo Escobar llamó a don Pablo y a sus primos: —Care tierras, vengan acá, —y ellos, esperando lo peor se acercaron. Sin embargo, Escobar sacó un fajo de billetes, y con tono despreocupado les dijo:

—Vayan y compren todo el trago que puedan. Se me olvidaba Care tierras, tomen, una propina por haber hecho un excelente trabajo.

En el pueblo el ambiente era divertido: había música por todos lados, los niños corrían y jugaban con pólvora, porque entonces no había conciencia sobre el peligro de los juegos pirotécnicos. Antes de comprar el alcohol que el dinero les pudiera ofrecer, uno de los primos vio un prostíbulo al que ingresaron. Luego de haber saciado su hambre sexual, regresaron a la hacienda, donde el ambiente estaba candela: tenían música, drogas, mujeres y toda la comida imaginable, solo faltaba el trago que les habían encargado traer.

La fiesta transcurrió con normalidad. De vez en cuando uno de los escoltas salía a dar una ronda matutina. Las botellas de cerveza, ron y aguardiente se evaporaban, la cocaína estaba en el aire y en las mentes de esos jóvenes solo pasaba un pensamiento: quiero más. En un intento de superioridad uno de los primos decidió coquetear con una de las mujeres presentes en la fiesta. No alcanzó a invitarla un trago, cuando sintió el frío de un revolver y una voz que le decía:

—Para atrás carechimba, vos sos solo un hijueputa empleado. —Antes de que el Patrón llegara, uno de los escoltas se paró en frente de los hombres y les dijo con seriedad: —Queda completamente prohibido hablar con alguna de las mujeres, ellas son del Patrón, y al que incumpla esa regla, se las ve conmigo. —El primo recordó esas palabras y como perro regañado se fue.

En medio de la borrachera Pablo alcanzó a escuchar una conversación: —¿Ya están borrachos esos maricas?

—Claro hermano, apenas marquen las doce, nos llevamos a esos culicagados. — Pablo sabe lo que significan esas palabras, la actitud de sus primos, y la conversación de esos escoltas, todo tenía sentido. Así que se dispuso a advertirles a sus primos del riesgo que corrían, pero ellos lo tacharon de loco, y le advirtieron que no había de qué preocuparse:

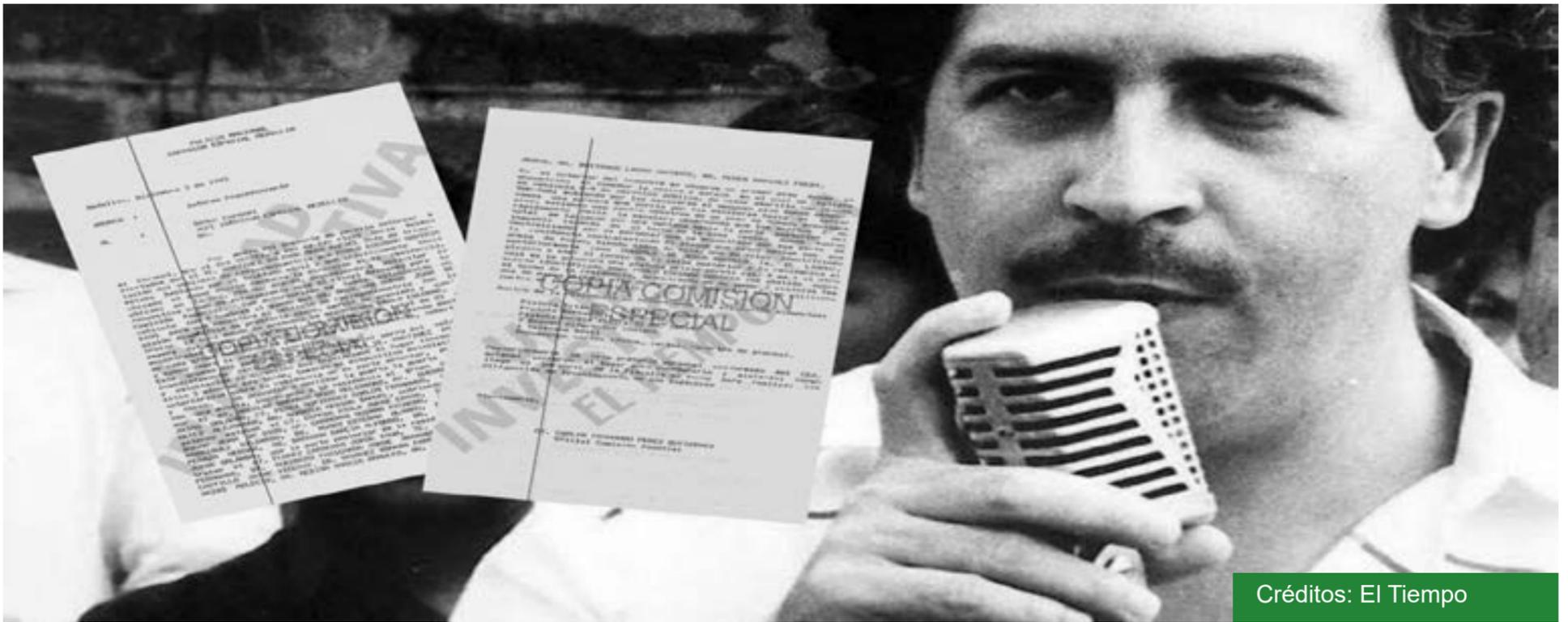
—Más bien disfrute la fiesta, Pablo, acuértese que pasado mañana toca volver a camellar, le insistió uno de ellos. “y ahí no sé qué más pasó, lo único que recuerdo fue haber despertado al día siguiente en mi cuarto, con un leve recuerdo de uno de mis primos que dijo que ya se iban para su casa, pero hasta ahí no más”, rememora Pablo.

—Más bien disfrute la fiesta, Pablo, acuértese que pasado mañana toca volver a camellar, le insistió uno de ellos. “y ahí no sé qué más pasó, lo único que recuerdo fue haber despertado al día siguiente en mi cuarto, con un leve recuerdo de uno de mis primos que dijo que ya se iban para su casa, pero hasta ahí no más”, rememora Pablo.



CréditosTrabajo.com





Créditos: El Tiempo

A eso de las cuatro de la mañana los hombres del Patrón habían irrumpido en su casa: primero sacaron a sus primos para dejarlos desnudos en el frío de la madrugada. La verdad no tardaría en descubrirse: sus primos eran mensajeros de un cartel enemigo y su trabajo era enviarles información a sus jefes sobre llamadas, cartas y cualquiera otro movimiento. En una ocasión los habían encontrado en una de las oficinas y ellos dijeron que estaban ayudándoles a las señoras a hacer el aseo. Esa actitud sospechosa los delató

Mientras ellos no se percataban, los escoltas de Escobar Gaviria irrumpieron en sus casas, donde reunieron las pruebas suficientes que les permitía demostrar que eran unos sapos. No les dieron tiempo de ninguna explicación, o de pronunciar sus últimas palabras.

Pablo siguió trabajando ahí, ahora sin la compañía de sus primos, sin las risas ni los abrazos que se daban; ya no había paseos al río ni tomadera hasta quedar inconscientes, ni las risas al atardecer, ni los partidos de fútbol improvisados.

Lo único que había quedado era una huella que ni la mayor cantidad de dinero, drogas y mujeres podría llenar, un vacío que, hasta el día de hoy, Don Pablo, un hombre con más de cinco décadas a cuestas no ha podido superar porque es como si su espíritu se hubiera quedado atascado ese 24 de diciembre de 1982.

**HAZ parte del equipo**  
**DATEATE**  
*al minuto*

El periódico Datéate al Minuto abre convocatoria para los estudiantes de todos los semestres que les guste la escritura y que quieran publicar sus crónicas, reportajes, perfiles, entrevistas y artículos periodísticos.

Las personas interesadas pueden enviar los textos al correo electrónico [smtorres@uniminuto.edu](mailto:smtorres@uniminuto.edu) para que sean publicados en las próximas ediciones del periódico.

**UNIMINUTO**  
Corporación Universitaria Minuto de Dios  
Facultad de Ciencias de la Comunicación





## Declaran culpable al expresidente de Colombia Álvaro Uribe de los delitos de soborno a testigos y fraude procesal

## Gustavo Petro desafió a EE. UU. y propuso trasladar la

## Estatua de la Libertad a Cartagena: "Pongámonos de acuerdo"



## Lina María Garrido: Una perfecta desconocida con título de Honorable Representante